
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
EL HOMBRE DE LAS DOS CABEZAS
ADA CORETTI

«Jessica había salido a pasear por el bosque, queriendo aprovechar las últimas claridades de aquel cálido y esplendoroso día.

Pero aún no había andado ni cincuenta, metros, cuando la muchacha se dio cuenta de que las sombras de la noche, de pronto, en puro tropel, se volcaban sobre ella, como si quisieran atraparla en una alevosa encerrona.

Dio un par de pasos atrás, asustada de la inusitada brusquedad de aquellas sombras que hasta entonces habían permanecido como agazapadas entre el follaje de los árboles, y que ahora se lanzaban sobre ella, sitiándola, acorralándola».



Ada Coretti

El hombre de las dos cabezas

Bolsilibros: Selección Terror - 145

ePub r1.0
xico_weno 03.09.16

Título original: *El hombre de las dos cabezas*
Ada Coretti, 1975
Ilustraciones: Salvador Fabá

Editor digital: xico_weno
Mejora de portada: loskives
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Jessica había salido a pasear por el bosque, queriendo aprovechar las últimas claridades de aquel cálido y esplendoroso día.

Pero aún no había andado ni cincuenta, metros, cuando la muchacha se dio cuenta de que las sombras de la noche, de pronto, en puro tropel, se volcaban sobre ella, como si quisieran atraparla en una alevosa encerrona.

Dio un par de pasos atrás, asustada de la inusitada brusquedad de aquellas sombras que hasta entonces habían permanecido como agazapadas entre el follaje de los árboles, y que ahora se lanzaban sobre ella, sitiándola, acorralándola.

Fue a retroceder lo andado, pero vio tan tenebrosamente oscuro aquel trecho, que prefirió tomar otra dirección, hacia la derecha, donde al menos veía dos enfoques luminosos. Posiblemente las ventanas de alguna pequeña casa de campo.

Pero las piernas se le iban enganchando cada vez más entre la maleza que había por el suelo. Ella creía que era maleza.

Al agacharse, para ayudarse con las manos a despegarse de ramas los tobillos, se quedó espantada.

Aquello que entorpecía sus pasos, no era maleza…

¡Eran serpientes!

No muy grandes, de uno o dos palmos como máximo de longitud, pero había una cantidad inmensa.

Se le enroscaban a los tobillos, a las piernas, e intentaban subirle por los muslos.

No, no iba a poder sacudírselas de encima. Por eso creyó dar con el cielo, al ver que allí cerca había un riachuelo.

Corrió como pudo hasta allí, en medio de las tinieblas de la noche. Metería las piernas dentro del agua y las serpientes morirían ahogadas.

Así lo hizo, pero el horror de la guapa Jessica aumentó al comprender que aquella agua era demasiado espesa, demasiado viscosa y estaba demasiado caliente… para ser simplemente agua.

Se agachó y cogió el líquido entre sus manos. Luego alzó las manos hacia sus ojos. Lo que se estaba temiendo…

¡Aquello era sangre!

Pudo verla perfectamente, a pesar de aquellas malditas sombras que se cernían a su alrededor, gracias a la claridad que le llegaba de aquellas dos ventanas.

Salió como pudo del río y echó a correr hacia la casa de campo. Allí podría encontrar un poco de ayuda. Aquélla era su única esperanza. Verdaderamente no había otra.

Sin embargo, al llegar allí, su horror, su espanto, crecieron más y más, hasta hacerle creer que había perdido el juicio.

Aquello no eran dos ventanas…

¡Eran los ojos centelleantes de un dragón!

Un dragón enorme, descomunal, de piel escamosa, patas cortas y cola furiosamente agitada, Entreabría la boca, por donde le entraba y le salía la lengua en un jadeo amenazador. Tenía una terrible hilera de dientes en la mandíbula superior y otra semejante en la inferior, y de vez en cuando ambas se entrecruzaban furiosamente.

Jessica se quedó inmóvil, paralizada. Era tanto el horror que experimentaba, que ya no le quedaban fuerzas para nada.

El dragón entreabrió la boca y una vez más sacó la lengua, esta vez alargándola, alargándola…, hasta que llegó a donde se hallaba la muchacha.

Jessica se sintió pegada a la saliva de la lengua, por lo que no pudo soltarse cuando la lengua fue retrocediendo, retrocediendo, volviendo a su punto de partida.

Quieras que no, pues, se vio camino de aquellas dos hileras de afiladísimos dientes.

Pero no, aquellos dientes no la trituraron. El dragón, de pronto, se la metió en la boca, como quien se mete un vulgar e insignificante insecto, y se la tragó hasta su mismísimo estómago.

* * *

—¿Eh, oiga…? ¿Qué le pasa…? ¿Por qué grita así…?

Jessica se despertó.

Iba en el autocar. Frente a ella, un joven alto, fuerte, de cabellos castaños, con pantalones téjanos y un jersey oscuro, de cuello alto. Acababa de oír su grata voz. Bueno, cualquier voz le hubiera parecido grata en semejantes circunstancias.

—¿Gritaba…? ¡Oh, discúlpeme! Tenía una pesadilla… Ha sido algo horrible…

Jessica sacó un pañuelo de su bolso y se secó el sudor que cubría su frente. ¡Qué espantoso había sido todo aquello! ¡Un poco más y se muere de miedo!

—No se preocupe, ha sido sólo un mal sueño —dijo el joven.

—Sí, claro —asintió Jessica, pero miró a través de los cristales de su ventanilla, y al ver la oscuridad reinante se estremeció.

Aquella oscuridad le pareció de mal augurio. Pero no, ella no era supersticiosa. No lo había sido nunca. ¿O empezaba a serlo ahora…?

En el autocar iba sólo otro pasajero. Una señora de mediana edad, con un moño en la nuca. Tenía aspecto de mujer de pueblo. Intervino:

—A mí me ponen de muy mal humor las pesadillas. A veces son un aviso.

—Tonterías —opinó el joven alto y fuerte.

—No lo crea —insistió la mujer del moño—. Muchas veces, lo que se sueña, luego pasa de verdad…

—La pesadilla que yo he tenido —dijo Jessica, no queriendo dar ya la menor importancia a lo sucedido— no puede pasarme… ¡Si supieran lo que he soñado! ¡Un verdadero disparate!

—¿Por qué no nos lo cuenta? —Propuso la mujer del moño—. Aún nos falta mucho para llegar a Londres y…

A Jessica no le importó explicarlo. ¿Por qué iba a importarle? Sería una manera como otra de pasar el tiempo.

—Francamente —dijo el joven alto y fuerte cuando la muchacha hubo concluido con su relato— sí que ha sido una pesadilla rara…

—Sí, sí desde luego —convino a su vez la mujer del moño, quien, poco después, se amodorraba en su asiento.

Entonces el joven alto y fuerte aprovechó la ocasión para presentarse:

—Me llamo David. David Lang. Voy a Londres a asumir un cargo de importancia en una empresa textil.

—Mi nombre es Jessica… —dijo la muchacha—. Yo voy a Londres a buscar empleo. No sé si lo encontraré… De todas formas, pienso conformarme con poco. Con lo primero que se me presente.

—Si encuentra lo que se merece, seguro que da con el mejor empleo del mundo.

—¿Con lo que me merezco? —inquirió ella—. Usted qué sabe… Si no me conoce de nada.

—Tiene cara de buena chica —dijo David Lang— y de simpática, y de guapa no digamos; esto salta a la vista.

—Es usted muy amable —sonrió Jessica—. Después de mi pesadilla, oírle sabe a gloria.

—Pero usted debe estar acostumbrada a que le regalen los oídos, a que le digan cosas agradables, ¿verdad? —Y con absoluta desenvoltura—. Dígame, ¿tiene novio?

—No —dijo la muchacha.

—Me alegro… —aseguró.

El autocar acababa de detenerse. Poco a poco, había ido aminorando la marcha, hasta quedar completamente inmóvil.

—¿Qué habrá sucedido? —preguntó Jessica.

—No comprendo —dijo David.

El chófer, que se había apeado, no tardó en regresar. Les hizo saber lo que pasaba.

Había habido un desprendimiento de tierras, y el autocar, al menos en varias horas, no podría proseguir la marcha.

—¿Hasta cuándo, aproximadamente? —quiso saber David Lang.

—Hasta mañana —dijo el chófer—. Pero, en cierto modo, han tenido suerte; estamos detenidos en Fresllesson, que aunque es una pequeña localidad, puede ofrecerles, sin duda, si ustedes así lo desean, cómodo alojamiento por una noche.

—Si lo mira así… —David se lo tomó filosóficamente.

No tanto Jessica, que murmuró:

—Mal empieza el viaje. Primero mi pesadilla, ahora esto…

CAPÍTULO II

Ante el aspecto poco acogedor de aquella localidad y el no más acogedor de la única posada que allí había, David Lang miró a la muchacha y comentó:

—Para esto quizá hubiera sido preferible que nos quedáramos en el autocar. Pero, en fin, ya que estamos aquí, a ver qué nos ofrecen. Por lo menos una cena aceptable, supongo.

Con su maleta en una mano y las dos de Jessica en la otra, el joven traspasó la puerta y se acercó decididamente a recepción, donde había un hombre alto y delgado, aún joven, junto al libro de registro.

La muchacha le había seguido los pasos. Daba la sensación de sentirse bastante cohibida.

—Buenas noches —saludó David.

—Buenas noches —respondió el posadero.

—Queremos dos habitaciones —dijo el joven, que había dejado ya las tres maletas en el suelo—. Y una buena cena, si no es pedir demasiado.

—Claro que no —aseguró el posadero—. Los señores mandan. Síganme, les enseñaré las habitaciones.

Subieron una escalera que crujía cada dos o tres peldaños, y se apoyaron en una barandilla que se tambaleaba lamentablemente. Después recorrieron parte de un pasillo cargado de humedad. Allí se encontraban los dos mejores aposentos de la posada.

—Nos las quedamos —dijo David, pues en buena lógica había que conformarse con lo que había.

—Si tienen ahora la amabilidad de llenar el libro de registro…

—De acuerdo.

Al anotar los requisitos exigidos, David Lang se fijó en un nombre, escrito en la otra página: doctor Gilmore.

—Le conocí el año pasado —dijo David a la muchacha—. Es cirujano, una verdadera eminencia en su especialidad, muy buena persona. ¡Qué extraño que viniera por aquí!

Decidió preguntarle al posadero, cuando éste les estaba sirviendo la cena.

—Oiga, ¿estuvo muchos días aquí el doctor Gilmore? Si no le molesta mi curiosidad.

—Claro que no me molesta, señor. Pues estuvo un par de días. Después desapareció.

—¿Cómo ha dicho? —Creyó que había oído mal.

—He dicho que desapareció, y lo repito. De pronto dejó de vérsele por aquí. Tampoco le vieron más por su casa. Como es natural, vino la policía… Pero ni por ésas; no se averiguó nada. Quedó todo lo mismo.

—Pero, bueno. ¿Qué dedujo la policía? —preguntó Jessica, interviniendo en la conversación.

—Nada —contestó el posadero—. Absolutamente nada. En fin, una cosa, sí… Que el doctor Gilmore no había salido de Fresllesson.

—¿Entonces…? —inquirió David.

—Entonces, si no se ha ido —dijo el posadero— es que sigue aquí. Pero ¿dónde? Para mí, que está más muerto que vivo.

—¿Se sabe a qué vino…? —David Lang era curioso por naturaleza y quería sacar sus propias conclusiones.

—No —el posadero hizo un gesto negativo con la cabeza—, en absoluto. Ni idea de eso.

En aquel momento se abrió la tosca puerta de la posada, apareciendo en su dintel una mujer mayor, de aspecto refinado, muy correctamente vestida. Su rostro, de regulares facciones, reflejaba una tristeza profunda, trágica, casi sobrecogedora. Acababa de apearse de un coche de buena marca, a cuyo volante se hallaba una silueta extraña.

Esto es todo de lo que pudieron darse cuenta David y Jessica desde el lugar en que se hallaban.

En cuanto al posadero, se apresuró a ir al encuentro de la dama a la que hizo una solícita inclinación de cabeza.

—Buenas noches, señora Anderson.

—Buenas noches —respondió al saludo forzando una sonrisa—. ¿Me has encontrado a la muchacha…?

—Lo lamento de veras, señora Anderson, no consigo dar con lo que usted busca…

—Pero ¿ya les dices a las muchachas lo que estoy dispuesta a pagarles por semana? Cincuenta libras. Eso es mucho dinero.

No cabe duda de que lo era, de ello que Jessica diera un bote en el asiento y dejara el tenedor inmóvil en medio del plato. ¿Buscaban una muchacha y estaban dispuestos a pagar cincuenta libras por semana…?

No quiso perder la ocasión. Una ocasión que tenía todas las trazas de ser inmejorable.

—¿Busca usted una sirvienta, señora? —preguntó, levantándose y yendo respetuosamente hacia ella.

—Sí, sí… —asintió la señora Anderson, y súbitamente apareció un brillo intenso, intensísimo, en sus ojos muy grises—. ¿Acaso usted estaría dispuesta?

—Soy forastera —dijo Jessica—. Si estoy aquí es porque el autocar no ha podido seguir su marcha, debido a un desprendimiento de tierras. Me dirigía a Londres a buscar trabajo. Pero pienso que, si aquí en Fresllesson encuentro algo que me convenga…

—Ofrezco cincuenta libras por semana, ya debe haberlo oído —pero la miró fijamente, muy fijamente, y se apresuró a corregirse a sí misma—. No, cien… Cien libras… Y tampoco tendrá que afanarse mucho… Para los trabajos más rudos ya tengo a William, un criado que me hace de chófer y de todo un poco…

—Cien libras a la semana es una cifra astronómica —se inmiscuyó en la conversación David Lang, cuyo entrecejo se había arrugado—. Permítame que le diga, señora, que un empleo como el que usted ofrece a la señorita no puede merecer las debidas garantías.

—No se trata de nada malo, se lo aseguro —dijo la señora Anderson—. Pero usted parece sugerirlo así…

—Sí —afirmó David.

—¿Es usted pariente de la señorita?

—No, no —repuso Jessica—. Simple compañero de viaje. Le basta con convencerme a mí, señora.

Y miró un poco enojada al joven. Era como si dijera: «Encuentro una ganga y usted quiere perdérmela».

Pero David Lang siguió en la brecha:

—Puede que no se trate de nada malo, pero si usted, señora, no nos lo explica mejor…

—No tengo el menor inconveniente en tranquilizarle al respecto —pero la señora Anderson hizo una mueca de desagrado—. Ofrezco tanto porque de otro modo no encontraría a nadie…

—¿Por qué no? —preguntó David.

—Debido a mi hijo —se había estremecido de pies a cabeza por el mero hecho de nombrarle.

—¿Qué pasa con su hijo?

—No es un ser normal… —lo dijo tras hacer un esfuerzo ímprobo, casi inhumano.

—¡Ah! —Esta vez David se quedó un tanto cortado.

—Tiene un grave defecto físico… Pero mi hijo es bueno —se dio prisa en aclarar este pormenor—, y no cuesta estar con él. Le será fácil el trabajo.

—Me llamo Jessica —dijo la muchacha.

—Y cien libras a la semana —repuso la señora Anderson— es una cifra, bien mirado, astronómica… Tal como la ha calificado su compañero de viaje. Considero, pues —añadió—, que haría usted un buen negocio entrando a nuestro servicio.

—De acuerdo, acepto.

Había respondido afirmativamente, sin esperar a tener más datos. Pero se sintió cogida por el brazo.

—Venga conmigo a solas —le dijo David Lang, y dirigiéndose a los demás—: Disculpen un momento, por favor.

Se la llevó hacia el otro extremo. Una vez allí, le dijo:

—Tan guapa y tan cabeza hueca… ¿Cómo se le ha ocurrido aceptar semejante proposición?

—Es una oportunidad inmejorable —contestó ella—. No puedo dejarla escapar.

—¿A eso llama una oportunidad? —se le burló—•. ¡Pues sí que es usted ingenua! Cuando se ofrece tanto dinero, algo grave se oculta… ¿No lo comprende?

—La señora Anderson ya lo ha explicado… Se trata de su hijo, de su aspecto… Pero a mí eso no va a impresionarme más de lo razonable. Nunca he sido susceptible a los defectos físicos.

—Vuélvase atrás —le aconsejó— y siga en el autocar conmigo

hasta Londres. Este empleo tiene un aspecto malísimo.

—Voy a quedarme. Tengo a mis padres enfermos y necesito ganar dinero. —Pero a pesar de su aparente firmeza, David Lang hubiera asegurado que por dentro no estaba ya tan convencida de la decisión adoptada—. Sería muy pusilánime y muy cobarde si, por una tontería así, no me atreviera a ganar cien libras a la semana.

—Ya veo que no voy a convencerla —se resignó, encogiéndose de hombros—. Créame que lo lamento. En fin, hasta mañana, que no sale el autocar, tiene tiempo de cambiar de parecer y de regresar conmigo.

—Sí, claro —se limitó a decir. Seguidamente fue de nuevo hacia la señora Anderson, a la que le hizo saber con una sonrisa—: Estoy a sus órdenes, señora. Cuando usted mande.

CAPÍTULO III

El posadero había metido las maletas de la muchacha en el portaequipajes del coche. Luego la señora Anderson y Jessica se acomodaron en los asientos posteriores. Seguidamente el coche arrancó.

Jessica vio cómo David Lang le hacía un gesto con la mano, en señal de despedida. Sólo después de esto, reparó en aquellos dos espeluznantes y tétricos hierros…

El conductor del coche, que según la señora Anderson era un criado que hacía un poco de todo, no tenía manos. En su lugar surgían aquellos dos garfios con los que, al parecer, eso sí, le bastaba y sobraba para conducir a la perfección.

La señora Anderson se dio cuenta de su involuntario estremecimiento y le informó:

—Fue su mujer. Se enteró de que le traicionaba y, con un hacha, se las cortó mientras dormía. Entonces William entró a mi servicio, único modo de subsistir…

El conductor debió oír perfectamente estas palabras. Pero quedó insensible, impertérrito, como si aquello no hubiera ido con él.

—Detendrían a su esposa, ¿verdad? —preguntó la muchacha.

—No —dijo la señora Anderson—. Con la misma hacha, ella misma se segó la cabeza de un solo tajo.

—¡Qué horror!

—Sí, lo fue. Para todo Freslleson. Pero no para mí. Yo estoy ya curada de espantos. Mi vida es un horror continuo. Ahora que usted ya ha aceptado entrar en mi casa y conocer a mi hijo, se lo confieso… Es mejor así. Vale más que la prevenga convenientemente.

—¿Que me prevenga? —Jessica empezó a asustarse un poco más de la cuenta.

—El defecto físico de mi hijo —dijo la señora Anderson— eriza los pelos, hiela la sangre en las venas… Todos opinan lo mismo. Incluso yo, que soy su propia madre.

—Pero… —Se le atragantaba la saliva.

—Desgraciadamente es así. No puedo decirle otra cosa.

Pocos minutos después llegaban al caserón.

Un caserón de proporciones tan impresionantes, tan gigantescas, que de buenas a primeras no podía tenerse ni idea de la infinidad de aposentos de que evidentemente debía disponer la casa. Era como un mundo, edificado sobre aquellas rocas asomadas al mar.

Jessica se dijo que algo así no lo había visto en la vida y que era eso lo que le faltaba para sentirse ya arrepentida de haber aceptado aquel empleo.

Porque… ¡qué desolador, qué tétrico, qué sobrecogedor resultaba todo aquello!

El coche llegó hasta la misma puerta principal. Ésta daba a una planicie, que formaba como una espléndida terraza ante el mar.

La señora Anderson se apeó y tras ella, cada vez más medrosa, la muchacha. El conductor del coche, William, lo hizo más o menos al mismo tiempo. Era un hombre de unos cuarenta años, bastante recio, cuya expresión se acoplaba perfectamente al ambiente que le rodeaba.

Entraron en el caserón, encontrando varias luces encendidas. Sobre todo las de una estancia amplísima, situada a la derecha, tras una puerta de dos hojas, que en aquellos instantes se hallaba abierta de par en par. Debía ser la biblioteca de la casa. Así lo dedujo Jessica por lo poco que pudo ver en su primera ojeada.

—¿Estás ahí…? —preguntó la señora Anderson en voz alta.

Ellos estaban aún en el vestíbulo.

—Sí —contestó una voz de hombre, desde aquella estancia amplísima.

—Somos tres los que llegamos —dijo la señora Anderson en el mismo tono de voz—. Viene con nosotros una muchacha…

Hubo un silencio en la estancia amplísima. Un silencio absoluto, que ni hecho de la misma muerte hubiera podido resultar más absoluto y tenebroso.

—¿Quieres que entremos…? —Inquirió la señora Anderson—. ¿O prefieres salir tú…? Así os conoceréis…

—Ya salgo —dijo esta vez la voz del hombre.

Con la lengua pegada al paladar, Jessica esperó a que apareciera por aquella puerta abierta de par en par el hijo de la señora Anderson. ¿Qué defecto físico se esperaba…? ¿Quizá una terrible joroba, agachando y retorciéndole el cuerpo? ¿Tal vez una espantosa cicatriz cruzándole el rostro…?

No, no sabía exactamente lo que se esperaba.

Sólo supo que, al verle, sintió que se tambaleaba como si estuviera borracha. Todo empezó a darle vueltas a una velocidad vertiginosa.

¡Tenía dos cabezas! ¡El hijo de la señora Anderson tenía dos cabezas!

Una de ellas colocada sobre el cuello, en su lugar correspondiente. La otra incrustada en el hombro izquierdo. Las dos iguales, exactas, idénticas.

Los ojos grises de la primera cabeza, reflejaban tristeza, pero también bondad. Pero en los ojos grises de la otra cabeza, relucía, por el contrario, el odio más incisivo y la más terrible e incontenible de las maldades.

Jessica sintió que se le doblaban las rodillas, que las fuerzas le abandonaban.

Cayó desplomada al suelo. Sin sentido.

CAPÍTULO IV

David Lang salió a dar un paseo por los alrededores. Todavía no tenía ganas de irse a dormir.

Se alejó de la posada lentamente, observando las pequeñas casas, por lo regular de una sola planta, que se alineaban a un lado y al otro de la calle. Se encaminó seguidamente hacia las afueras. Allí las casas eran ya pocas y se hallaban muy separadas entre sí.

La noche había caído, como un manto espeso y oscuro que quisiera ensombrecer los pecados de los hombres. Por eso, David Lang decidió no alejarse demasiado.

Pero antes de iniciar el regreso, oyó aquel grito… Un grito proferido por una voz de mujer. Un grito que rasgó violentamente el silencio de la noche.

David Lang adivinó en seguida de dónde había llegado el gutural y desesperado sonido y corrió hacia allí. Tal vez pudiera llegar a tiempo de ayudar a alguien.

El grito había salido de un pajar, donde, en uno de sus extremos, se hallaban colocados ciertos utensilios de labranza. Entre éstos, una horca de tres púas…

Una horca, cuyo mango de madera había sido cogido sin vacilaciones por la mano asesina. Una horca que en esta ocasión serviría para algo más que hacinar las mieses y remover la paja.

Y las tres púas, a la tenue y temblorosa luz de una lámpara de aceite, se habían clavado agresivamente, desquiciadamente, en el vientre de la muchacha que acababa de gritar. Una muchacha de apenas dieciocho años.

Ésta abrió y cerró los ojos, y volvió a abrirlos desorbitadamente, mientras su cuerpo, que aún estaba en pie, se veía sacudido por un espasmo de muerte.

Pero la propia muerte, con estar ya muy cerca, no se hallaba aún

allí mismo, y el asesino se percató de ello. Por lo que volvió a coger con fuerza el palo de madera, arrancando la horca del vientre.

Sin dar tiempo a nada, la clavó de nuevo, esta vez en el pecho de la muchacha, violentamente. Incluso salieron las púas por la espalda de la desgraciada víctima.

Esta vez no podía fallar. Eran tres agujeros forzosamente mortales…

Pero alguien llegaba corriendo hacia el pajar. Alguien con quien no contaba. Alguien que no tardaría en entrar en aquel lugar. ¿Y si llegaba a tiempo de oír los últimos balbuceos de la víctima…?

La víctima, ya tumbada en el suelo, desangrándose aparatosamente por aquellas seis inapelables heridas, aún hablaba, aún balbuceaba… Y pronunciaba el nombre de su asesino… Una y otra vez…

Y al asesino sólo se le ocurrió agacharse, coger paja y metérsela en la boca. Toda la que pudo, forzando, taponando hasta el máximo aquella cavidad.

Después huyó de allí por la puerta trasera.

Instantes después entraba David Lang, quien se quedó verdaderamente horrorizado ante el espectáculo que sus ojos presenciaron. Pero reaccionó con presteza.

Se arrodilló ante la muchacha, ayudando a sus manos temblorosas, crispadas, a quitarle la paja de los dientes, de la lengua. Sólo entonces podría hacerse entender.

Pero no llegó a tiempo…

El último estertor llegó antes.

David Lang optó por hacer ver que no había presenciado aquel hecho. Preferible que volviera sobre sus pasos y que regresara a la posada, como si tal cosa.

No era que pretendiera quitarse complicaciones de encima. Quizá todo lo contrario. En realidad, había decidido seguir allí, en Fresllesson, unos días más. A menos que Jessica cambiara de idea…

Si ella decidía irse, entonces sí, se iría con la muchacha, la acompañaría. De lo contrario continuaría allí, dispuesto a ayudarla. Tenía el presentimiento de que iba a necesitarlo.

En tal caso, si se quedaba, aprovecharía su tiempo e intentaría averiguar quién había matado a aquella jovencita. Para llevar a buen término tal finalidad, preferible, pues, que ahora hiciera ver

que estaba completamente al margen de lo sucedido en el pajar.

Al entrar en la posada, se encontró con que el posadero estaba fregando unos vasos. Lo que le dio pie a decir:

—Suponía que tenía quién le ayudase… Pero por lo que veo, está usted solo…

—Sí, solo —corroboró—. Este negocio no da para más.

—Debe resultar un poco pesado para usted.

—Sí, claro; pero ya estoy acostumbrado.

—Tendría usted que casarse —dijo David, con naturalidad—. Está aún en una buena edad para hacerlo. Sin duda hay por aquí muchachas bonitas…

El comentario había de surtir el efecto deseado. De ello que el posadero, cogiendo sin darse cuenta la onda que David Lang le tendía, respondiera:

—No crea, no hay muchas… Suelen irse… No les gusta estar por aquí…

—Supongo —repuso el joven— que es por eso que a la señora Anderson le cuesta encontrar lo que busca…

—Uno de los motivos es ése, por descontado. De todas formas, Evelyn estuvo en su casa… Bárbara también… Y también Tina… Y también otra chica muy jovencita que vive en las afueras, ahora no me acuerdo de su nombre… Pero ninguna de ellas quiso quedarse…

—¿Le dijeron por qué? —preguntó David.

—A todas les ha dado miedo el hijo de la señora Anderson.

—¿Usted le conoce? Al hijo de la señora Anderson, me refiero…

—No, no le he visto nunca.

—Pero, bueno, supongo que esa muchacha llamada Evelyn, o la que se llama Bárbara, o Tina, o la jovencita que vive en las afueras, a las que usted ha aludido, sin duda le explicaron en alguna ocasión…

—¿El porqué, exactamente, de su miedo? Pues no, no me lo han dicho nunca. Ninguna de ellas. Para mí —comentó— que aún fuera del caserón siguen teniendo miedo.

—Me parece un poco exagerado, ¿no cree usted?

—No sabría decirle —hizo un gesto ambiguo—. Cuando hablan de Danny Anderson ponen todas ellas una expresión aterrorizada… Uno no sabe en realidad qué pensar.

—Por lo que me ha dicho usted —David Lang quería averiguar

todo lo que pudiera, que por desgracia, no parecía ser mucho—, los Anderson viven en un caserón.

—Sí, sí, señor. Es un caserón inmenso, situado en las afueras, junto al acantilado. Su solo aspecto ya estremece y sobrecoge…

—¿A cuánto está de aquí, aproximadamente? —quiso saber.

—A no mucho. A una milla, más o menos.

* * *

Cuando Jessica recobró el conocimiento, se encontró en una sala de no muy grandes proporciones, echada en un cómodo sofá, con dos cojines bajo su nuca y una manta cubriéndole las piernas.

—¿Se encuentra ya mejor? —Oyó que le preguntaba una voz de cálido acento.

Miró hacia el dueño de aquella voz. Un hombre de unos sesenta y tantos años, de rostro anguloso, frente despejada y mirada viva, inteligente. No había nadie más allí.

—Yo soy el doctor Duff —se presentó. En seguida había de añadir—: No se preocupe, no le pasa nada. Dentro de un par de minutos estará completamente recuperada.

Jessica recordó al hijo de la señora Anderson. ¡Recordó aquellas dos terribles cabezas! Sintió como si le diera un nuevo vahído.

—Es algo horrible, monstruoso… —Lo dijo sin poder evitarlo.

—Sí, lo es —admitió el doctor Duff, sabiendo a lo que aludía. No podía, verdaderamente, estar refiriéndose a nada más—. Y nos hacemos cargo, tanto la señora Anderson como yo, de que su primera reacción no haya sido todo lo favorable que hubiéramos deseado.

—No podía esperarme una cosa semejante.

—De acuerdo. De acuerdo —el doctor Duff daba la impresión de ser un hombre sin nervios—. Pero ahora que ya se ha tranquilizado un poco, le ruego que me preste atención. Tengo que hablar con usted.

—¿Conmigo? —preguntó la muchacha, e inició un gesto con la evidente intención de levantarse del sofá.

—Siga echada, mientras le hablo, se lo ruego.

—Si ya estoy bien —dijo ella—. Ha sido un vulgar desvanecimiento sin la menor trascendencia. No han debido hacerle venir a usted hasta aquí… Ha sido una molestia innecesaria…

—No me han hecho venir —puntualizó—. Vivo aquí. Éste es mi hogar, desde hace más de veinticinco años.

—¡Ah!

Tras una pausa, el doctor Duff añadió:

—La señora Anderson me ha rogado que le hable a usted. Teme que haga lo mismo que las otras, marcharse.

—Después de lo que he visto, francamente, no quisiera… —Lo cierto es que anhelaba echar a correr, y no parar hasta estar muy lejos de allí.

El doctor insistió:

—Déjeme que, antes, se lo explique todo —dijo—. Cuando lo sepa, seguro que encontrará más tolerable esa visión… En realidad, sólo se trata de eso, de que usted tolere su presencia… No es pedir mucho… A cambio, cien libras a la semana. En poco tiempo podría hacerse rica.

Ella no dijo nada esta vez.

El doctor Duff continuó hablando:

—Danny y Peter Anderson nacieron juntos por varias partes de su cuerpo. Y así crecieron, porque no había cirujano que se atreviera a desunirles… Era un caso excesivamente complicado… Ni sacrificando a uno, podía convertirse al otro en un ser normal… Pero unos años después, la separación se hizo forzosa, inevitable, porque Peter había contraído una enfermedad mortal, y dejarles unidos era garantizar la muerte de ambos. Finalmente… yo me brindé a intervenir.

—¿Usted?

—Sí, ya le he dicho que soy doctor. Pero una y mil veces lamenté mi osadía, porque cuando creía que el éxito coronaba mi intervención quirúrgica, quedé espantado al darme cuenta de que la cabeza de Peter no iba a ser posible separarla del hombro de Danny… Por el contrario, sobre el hombro de Danny sí podía seguir viviendo la cabeza de Peter… En conclusión, no hubo otra salida… Resulta espantoso, sí, ya lo sé… Pero ¿qué hubiera hecho cualquier otro, en mis circunstancias…? No les iba a matar a los dos… Yo no soy un asesino…

—Lo comprendo —dijo Jessica.

—En fin, esto es todo —dijo el doctor Duff—, sin dilatarme en pormenores que harían aún más agobiante el relato… Pero, hágase

cargo, Jessica… Se llama así, ¿verdad?

—Sí —dijo la muchacha.

—Hágase cargo —repitió—, no puede venirle ningún mal de Danny Anderson. Es un ser humano, no es un monstruo, aunque parezca un monstruo y no un ser humano —añadió—. Quédese, no se vaya…

—No, no se vaya —suplicó la señora Anderson, quien había abierto la puerta y había entrado en la sala, sin que ellos se dieran cuenta.

—Es que…, es que… —tartamudeó la muchacha.

—Inténtelo, al menos —repuso la señora Anderson—. Quédese una semana. No es pedirle demasiado. Si transcurrido ese tiempo, insiste en irse, nadie la retendrá.

—Bueno… —terminó diciendo Jessica.

Se había visto incapaz de negarse. ¡Había una angustia tan grande, tan desesperada, en la señora Anderson!

CAPÍTULO V

Cada vez que veía a Danny Anderson, Jessica se sentía terriblemente asustada. No podía evitarlo.

Lo único que podía, y esto sólo hasta cierto punto, era disimularlo. Y es lo que hacía, intentando ser piadosa con aquel ser que parecía arrancado de un relato siniestro e infernal.

La muchacha comprendía que, antes o después, tendría que irse de allí. De seguir en aquel lugar, acabaría con los nervios rotos, destrozados, aniquilados. Era demasiado el esfuerzo que se exigía a sí misma.

Sobre todo porque… los ojos grises de Peter Anderson la miraban con rencor, con odio. Con todo el rencor y el odio que parecía llevar dentro porque su propio cuerpo había muerto, no existía ya. No, no sucedía lo mismo con los ojos de Danny Anderson. Éstos eran unos ojos llenos de tristeza, pero a la vez de bondad, de buenos sentimientos.

Sin embargo, a ella le daba la escalofriante sensación de que, a ratos, el cerebro de Peter podía más que el de Danny. Sí, se imponía al de su hermano siamés. Se hacía obedecer. Sin ser el dueño del cuerpo, era el dueño, empero, de su voluntad.

Pero no, no podía ser cierto todo esto. Simples apreciaciones suyas, meras suposiciones. Estaba poniéndose demasiado nerviosa y empezaba a verlo todo muy negro.

A eso de media tarde, Jessica se situó junto a los cristales de una de las ventanas del caserón, y miró hacia fuera, hacia la planicie que formaba como una espléndida terraza cara al mar. Tal vez, de modo maquinal, buscaba alejarse de allí, liberarse de aquel ambiente.

—¡No es posible! —exclamó, de pronto, con inusitada alegría.

Acababa de ver a David Lang merodear por allí.

—¿Qué sucede? —preguntó la señora Anderson, que leía un libro junto a una pequeña mesita.

—Acabo de ver a un joven, con el que venía en el autocar. Una amistad superficial, de viaje… Pero me gustaría ir a saludarle, si a usted no le importa, señora.

—Claro que no me importa, Jessica.

Danny Anderson estaba allí y respingó en su asiento.

Jessica le miró, sobresaltada.

Vio que los ojos de Peter relucían, malévolos, más malévolos que nunca. Por lo demás, fue su propia boca la que pronunció estas palabras.

—Quédate. Está nublado y va a llover —y la voz sonó hueca, cavernosa.

Era una voz que daba la sensación de tener algo de espectral, de ultraterrena.

Hasta entonces, Jessica no había oído hablar a Peter. La impresión resultó tan fuerte, tan incisiva, tan taladrante, que tuvo que apoyarse en el marco de la ventana para que no vieran que se tambaleaba. ¡Ni en el propio infierno se hubiera sentido peor!

—Puedes salir… —dijo Danny, mientras el rostro de su hermano siamés se crispaba de contrariedad—. Claro que sí… No faltaría más…

—Gracias —dijo Jessica, mientras todo su cuerpo temblaba como el de una pobre enferma.

Y echó a correr fuera de aquella habitación, y luego del caserón, y siguió corriendo hasta que llegó junto a David Lang, en cuyos brazos se dejó caer, casi desvanecida.

—¡Jessica! —exclamó él—. ¿Qué le sucede…?

—Nada, nada —respondió ella—. ¡Qué alegría verle! ¡Qué alegría más grande! Le creía ya en Londres.

—No, ya lo ve, sigo en Fresllesson.

—¿Cómo es eso?

—Por usted, Jessica. No he querido dejarla sola. Venga… —Suavemente la condujo hacia un lugar ya bastante alejado del caserón. Por lo menos, desde allí no podrían verles—. Siéntese… Aquí estaremos bien.

Caído en el suelo había un grueso tronco de árbol, el cual les brindaba un pintoresco y a la vez cómodo asiento.

—Cuénteme.

Jessica se lo contó todo. Sin omitir detalles de ninguna índole. Con absoluta sinceridad. En realidad, David Lang era el único amigo en quien podía confiar en aquellos instantes.

—¿Y sigue en esa casa…? —Se sorprendió el joven, cuando ella hubo acabado con todas aquellas anormales, tétricas y escalofriantes circunstancias—. ¿Tanta falta le hacen esas cien libras a la semana?

—Me hacen muchísima falta —dijo ella—, pero si ahora no me voy, es por la señora Anderson. Le he prometido estar una semana en el caserón e intentar…

—¿Qué va usted a intentar, Jessica? —David Lang quiso hacerle entrar en razón—. Esta situación que usted me cuenta es insostenible… ¿No ve cómo está, temblando de pies a cabeza, nerviosa y excitada?

—Sí, sí —dijo Jessica—, pero se lo he prometido a la señora Anderson. Pienso que me portaría mal si me quedara a medias.

—¿Y no piensa lo que sucederá si, transcurridos esos siete días, se niegan a dejarla marchar? Cabe esa posibilidad, ¿no cree?

—¡Por Dios! ¿Cómo iban a hacer una cosa así…? —Pero la duda, por unos instantes, se le clavó muy hondo.

—A mí no me extrañaría. En fin, si está decidida a quedarse, sepa al menos, que yo sigo a su lado, dispuesto a ayudarla en lo que sea. Si le sucede algo, o teme algo, me telefonea. Supongo que habrá teléfono en el caserón.

—Sí —asintió Jessica.

—Pues me telefonea a la posada. Yo vendré inmediatamente en su ayuda. Puede darlo por seguro.

—Es usted muy bueno conmigo —le sonrió.

—Pasados esos siete días, nos iremos juntos a Londres. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Oiga, Jessica —y sonriendo él también—, ¿no cree que me he ganado un beso? Yo creo que hasta dos…

Se inclinó hacia la muchacha y la besó. Luego, se separó un poco de ella, y la miró, sin duda para ver si se había enfadado.

Jessica dijo entonces:

—Falta el segundo.

* * *

David se había ido antes de que empezara a llover violentamente. Caían entonces las primeras gotas. Ahora, la lluvia era ya torrencial.

Jessica respiró hondo, hizo acopio de energías y penetró nuevamente en el caserón. Allí, en la misma puerta, se encontró con el criado, con el hombre que en lugar de manos tenía garfios.

—¿Me estaba vigilando? —preguntó ella.

William no quiso negarlo.

—Sí, la estaba vigilando —contestó.

—¿Con qué finalidad…? —quiso saber la muchacha.

—Me lo han mandado.

—¿Quién…? —preguntó ella.

Le estremeció la respuesta. Tanto, que fue como si agrietaran la piel de su cuerpo.

—El señorito Peter…

—Querrá decir —le corrigió, si bien en tono balbuceante—, el señorito Danny.

—Viene a ser lo mismo, ¿no? —Se encogió de hombros.

Jessica siguió adelante, no queriendo dar importancia a lo hablado. Ni a eso ni a nada. Verdaderamente, mientras no transcurrieran aquellos siete días, era mejor que fuera lo menos susceptible posible.

Regresó junto a la señora Anderson y su hijo, al que encontró sentado en el mismo sitio.

—Otro día, si te interesa —dijo Danny, mirándola con su acostumbrada suavidad—, puedes decir a ese joven que pase… Considérate, para cuanto gustes, en tu casa, Jessica.

—Es usted muy amable —respondió ella—, pero sólo se trataba de un simple saludo…

—¿Qué explicación tiene —preguntó la señora Anderson— que ese joven que venía contigo en el autocar, siga todavía en Fresllesson?

—Se ha quedado a…, a… —Y Jessica improvisó—, a hacer unas fotografías. Es fotógrafo de profesión. Dice que aquí hay unos panoramas muy dignos de ser recogidos por su máquina.

—¿No será… —volvió a preguntar la señora Anderson— que le gustas…?

Se arrugó súbitamente la frente de Peter, aunque siguieron cerrados sus ojos. También se crispó su boca, en un gesto violento y cruel. La expresión de Danny no se alteró.

—Ayer aún no nos conocíamos… —dijo Jessica—. Es sólo un compañero de viaje, ya se lo he dicho… —Pero se había sonrojado.

Y su sonrojo la traicionó.

Fue entonces cuando la muchacha se dio cuenta de que algo inconfesable se traslucía en el rostro de la señora Anderson. Algo difícil de sopesar en una sola mirada. Pero algo, evidentemente, que daba al traste con la buena opinión que hasta entonces le mereciera dicha señora.

Recordó que David Lang le había sugerido la posibilidad de que, cuando expresara su deseo de irse, pudieran tal vez retenerla a la fuerza. No, no podían hacer eso con ella. Seguro que no.

Pero aunque quiso tranquilizarse a sí misma, no lo consiguió. Y se sintió, poco más o menos, como quien ha caído en una ratonera.

CAPÍTULO VI

David estaba en la posada, tomando un *whisky*. Mientras, reservaba sus pensamientos para la muchacha morena, esbelta, graciosa, que había conocido en el autocar. Una muchacha por la que se sentía cada vez más interesado.

—Le llaman por teléfono —dijo el posadero.

—¿A mí…? —Pero se precipitó hacia el aparato, convencido de que era Jessica la persona que se hallaría al otro lado del hilo.

Tal como quedaron, recurría a él. Debía estar en algún aprieto.

Pero sus deducciones fueron equivocadas, erróneas. No se trataba de Jessica. No, no era la voz de la muchacha la que llegó a sus oídos.

—¿El señor Lang…? —La voz no era recia, pero tampoco era suave. Era una voz extraña, de sexo inconcreto.

David no podía saber si hablaba con un hombre o una mujer. Pero sí adivinó que se encontraba ante una persona que no quería ser reconocida. Posiblemente había colocado un grueso pañuelo sobre los agujeros del teléfono.

—Sí, soy David Lang —respondió—. ¿Con quién hablo…?

—Con una persona que desea su bien… —dijo la voz, no sin cierta brusquedad.

—Muy amable por su parte —ironizó David, que le habían bastado las primeras palabras de su interlocutor o interlocutora, para comprender que aquello empezaba a echar chispas—. Bueno, usted dirá, le estoy escuchando… Soy todo oídos.

—¿Por qué no se larga a otra parte? —La pregunta surgió, sin más preámbulos.

Más o menos lo que David Lang se estaba esperando.

—¿Adónde, por ejemplo…? —Ironizó de nuevo David—. Sugiéramelo, si es usted tan amable…

—Tengo la impresión —dijo la voz— de que no me está tomando en serio. Le advierto que es un gran error por su parte.

—Tengo mucho sentido del humor —se le burló—. No lo puedo remediar. Tal vez debiera pedirle disculpas por ello.

—No juegue con la muerte, señor mío. Otros lo hicieron y les sentó muy mal.

—¿Se está refiriendo a… la jovencita que murió asesinada en el pajar? —Y antes de recibir respuesta—. No sé por qué, pero tengo la corazonada de que usted sabe a quién me estoy refiriendo.

—Tiene la lengua demasiado larga —la voz llegó tras una ostensible vacilación.

—No le gusta, ¿eh? —David no se achicaba.

Todo lo contrario, para ser exactos. Quería provocar a su enemigo, o enemiga. A cualquiera que éste pudiera ser.

—Me gustaría más —dijo la voz— que se marchara de esta localidad, y que no regresara nunca más. ¿Qué va a ganar, metiendo su olfato donde nadie le pida que huela?

—De momento, no voy a irme —sentenció David—. Así que, si tiene gusto en presentarme sus cartas credenciales… quedo a su disposición. Por lo que veo, ya sabe dónde encontrarme.

—Lárguese y no desafíe a la muerte, hágame caso. La muerte no tiene la cara bonita, y a usted se le va a poner esa cara, si tanto se empeña…

—Lo lamento por usted —dijo David, ya como punto y final—, pero no ha conseguido asustarme —y le colgó, sin darle opción a decirle nada más.

Ya le había dicho bastante. Al menos, lo suficiente para que él se diera cuenta de que todo aquello estaba ya, en realidad, al rojo vivo.

Seguidamente, David Lang se dirigió de nuevo hacia el mostrador, donde el posadero acababa de cobrar a un cliente. Esperó a que éste se retirara y entonces, tras terminar de apurar el *whisky* que le quedaba, le dijo:

—Le agradecería me hablara de Evelyn, y de Bárbara, y de Tina, y también de la jovencita que vive en las afueras…

—¿Qué le interesa saber de ellas? —le había sorprendido su interés por aquellas muchachas.

No parecía venir a cuento su deseo.

—Me interesa saber todo lo que usted sepa —dijo David.

—Sé poco…, sobre todo de la última, de la jovencita esa que vive en las afueras. Se quedó huérfana y su hogar es tan solo un pequeño pajar. La pobre no tiene nada más.

—Bueno, hábleme de las otras.

—Evelyn vive aquí cerca, tres casas más abajo. Su padre es el herrero de la localidad. Es una chica rubia, alta de estatura, bastante bonita. El otro día decía que estaba cansada de esto y que posiblemente se marcharía de aquí. Así que conquistara a su padre, haría las maletas y se iría a buscar trabajo a Londres, o a cualquier otra ciudad importante.

—Dígame ahora algo de Bárbara.

—Vive con su madre, viuda, en la misma plaza Mayor, Es bastante atractiva, con un andar muy desenvuelto y gentil. Su madre cuenta con una pensión, que les permite vivir decorosamente, aunque sin despilfarros. La chica tuvo novio hará un par de años, pero riñeron; creo que la culpa de todo la tuvo él, pues era muy celoso.

—Queda Tina.

—Su padre es el sepulturero de Fresllesson. Ella es muy fea, y tuerta. Cuando era pequeña, alguien le tiró una piedra y le vació el ojo derecho.

—¿Y estas cuatro muchachas —preguntó David Lang— han estado en el caserón…? Si no recuerdo mal, usted así lo dijo.

—Sí, en efecto. Pero ninguna de ellas quiso quedarse, a pesar de que la señora Anderson, usted ya lo sabe, paga espléndidamente. Sin embargo, el miedo que las cuatro sintieron al conocer a Danny Anderson…

* * *

Sin necesidad de esperar a más, David Lang optó por investigar por su cuenta.

Quizá no hubiera tomado una decisión tan radical, y menos tan precipitada, de no recibir aquella llamada telefónica. Pero aquella voz a través del hilo y los términos con que se había expresado, le habían espoleado.

Además, cuanto más pensaba en todo aquello, más se convencía de que la muerte de la jovencita del pajar no era un hecho ajeno a

la anterior visita de la propia muchacha al caserón… Así que, como sea que ahora Jessica estaba allí…

Por otra parte, David Lang no podía, tampoco, dejar de relacionar a los habitantes del caserón con la inexplicable desaparición del doctor Gilmore…

Todo esto lo veía unido entre sí, aunque no sabía de qué modo ni en qué forma.

Lo mejor, pues, era anticiparse a los posibles futuros acontecimientos e investigar hasta donde le fuera posible. Pero ¿por dónde empezar?

Decidió ir a hacer una visita a Evelyn, la muchacha que vivía tres casas más abajo. Sería una manera como otra de empezar a «olfatear» donde nadie le pedía que «oliera». Esto, según los términos usados por aquella voz que, en vano, había intentado ponerle los pelos de punta.

Se puso el impermeable, porque aún seguía lloviendo, y salió de la posada.

Pero a los pocos pasos había de detenerse, arrojando al suelo el cigarrillo que estaba fumando, chafándolo con la suela del zapato. Un gesto aparentemente natural, pero que tuvo como única finalidad poder detener por unos instantes su atención en una joven que estaba hablando con otra, bajo la lona de una marquesina.

A la más joven le faltaba un ojo, era tuerta. Se trataba, sin duda, de Tina… Demasiada coincidencia que, en aquella pequeña localidad, dos muchachas carecieran del ojo derecho.

—Es extraño que no haya venido… —oyó comentar a Tina—. Quedamos en que nos encontraríamos…

—Desde que salió del caserón, la veo muy inquieta, muy asustada —le oyó asimismo responder a la otra—. Creo que iré a verla al pajar…

—Harás bien, Bárbara. Tal vez le pase algo.

—Ya te contaré, Tina.

David prosiguió su camino.

Al poco, llamaba a una puerta.

—¿Qué desea? —le preguntó la muchacha que salió a abrirle.

Era rubia, alta de estatura, bastante bonita. Tal como le había indicado el posadero.

—Es usted Evelyn, ¿verdad?

—Sí —asintió la muchacha—. ¿Qué desea…? Pero, pase, pase usted, se está mojando.

—Gracias… —Cruzó el umbral—. Lamento venir a molestarla, pero la verdad es que me interesaría hacerle unas preguntas. Claro que no tiene por qué responderme, si no lo desea… Pero si fuera usted tan amable que no le importara complacerme, se lo agradecería muchísimo.

Impresionada favorablemente por la varonil prestancia de David Lang, la muchacha sonrió.

—En Fresllesson nos gusta quedar bien con los forasteros, y usted lo es, ¿no es cierto?

—Sí —asintió David.

—Pregúnteme lo que desee. Pero, antes, pase al comedor, conocerá usted a mi padre…

Era una chica simpática. Todo lo contrario de su padre, un hombre mayor, hosco y malhumorado, que le recibió sin demasiados cumplidos. Sin embargo, no había de tardar en excusarse:

—No me haga caso, señor. Me encuentra en un mal momento. Mi hija acaba de decirme que quiere marchar de aquí, irse a la ciudad… Hágase cargo, esto siempre resulta duro para un padre.

—Lo comprendo perfectamente —dijo David.

Una de las ventanas de la pequeña estancia daba a la tienda, a la herrería. A través de la entrada de ésta, aún abierta, a David le pareció ver la sombra sigilosa de un impermeable largo, oscuro, con la capucha alzada.

—Le escucho —sonrió Evelyn, tras acercarse a su padre y darle un beso cariñoso—. ¿Qué preguntas son ésas, señor forastero?

—Estuvo usted en el caserón, ¿no es cierto?

—Sólo tres días. —Evelyn había torcido el gesto—. Aquello no había quién lo aguantara, ni poniendo la mayor voluntad.

—Sé a lo que se refiere…

—¿Lo sabe? —se extrañó un poco—. A mí me dijeron que no aludiera el caso con nadie, pero si usted lo sabe…

—Sí, lo sé —y para que no le cupiesen dudas—. Un hombre con dos cabezas.

—Una visión horrible —dijo Evelyn—. Aun así, no es eso lo único estremecedor de aquel maldito caserón.

—¿Ah, no? —pensó que, si había algo más, le era imprescindible saberlo—. Cuénteme, por favor.

—El doctor Duff —se limitó a decir esto, como quien ya lo dice todo.

—¿Qué le pasa al doctor Duff?

—Vive allí.

—Esto ya lo sé.

—Por lo que veo, sabe bastantes cosas… ¿Quién se las ha contado? ¿William, el hombre que no tiene manos y, en su lugar, tiene garfios? Francamente, me sorprendería que me dijera que sí. Es un hombre fiel a la señora Anderson, Fiel hasta dejarse matar por ella, me consta.

—No ha sido él —contestó David—, sino otra persona, a la que usted no conoce. Pero siga contándome… Me está prestando un inestimable favor, se lo aseguro.

—¿De veras? Pues le decía que el doctor Duff es…, ¿cómo le diría? No, no acierto con las palabras…

—Intente dar con ellas, por favor.

—Su mayor anhelo estriba en convertir a Danny Anderson en un ser normal —dijo Evelyn—, y creo que, guiado por esa idea dominadora, obsesionante, está dispuesto a lo que sea…

—¿A lo que sea? —preguntó David.

—Como, asimismo, está dispuesto a todo por lograr verle feliz junto a una mujer.

—¿Junto a una mujer? —volvió a preguntar David.

—No creo equivocarme. De todos modos, no quise quedarme para averiguar si estaba o no en lo cierto. Estar allí me desquiciaba… Por las noches, tampoco era posible descansar…

—¿Por qué no?

—Se oían ruidos, pisadas extrañas… Sobre todo, al otro lado del caserón… Me pasaba las noches sin poder dormir.

—¿Qué clase de ruidos oía? —quiso saber David.

—Ya se lo he dicho, pisadas y ruidos extraños… Bueno, no sé. Es difícil saberlo…

—¿Qué me dice de la señora Anderson?

—Comparte los mismos puntos de vista que el doctor Duff. Están de acuerdo en todo. No, nunca discrepan.

Evelyn no había de decir mucho más. Aquello era todo lo que

podía explicar. No sabía más.

—Ha sido usted muy amable. —David Lang se despidió de ella —. Le quedo muy reconocido. Gracias.

—De nada, forastero.

CAPÍTULO VII

Al salir de allí, David Lang llevaba la intención de regresar a la posada.

Pero a través de la oscuridad de la noche, que en pocos minutos se había hecho intensa, volvió a ver la sombra sigilosa de aquel impermeable largo, oscuro, con la capucha alzada. En esta ocasión, el impermeable oscuro acababa de deslizarse calle abajo.

Cambió de idea. No regresaría a la posada. Seguiría las huellas de aquellos pasos, que se marcaban claramente en el barro. Eran unas huellas grandes, de hombre. De un hombre que calzaba como mínimo un cuarenta y cuatro.

Aún llovía algo, pero cada vez menos. Esto era ya lo de menos.

David Lang se propuso actuar con prudencia, con precaución, para no levantar las sospechas del misterioso desconocido. Una indiscreción podía echarlo todo a rodar.

Pero ¿tenía algo que ver aquel hombre con lo que a él le preocupaba?

Era aventurado suponerlo.

Muy problemático.

Sin embargo, empezó a suponer que estaba dando en la diana, cuando se dio cuenta de que las huellas de aquellos pasos se dirigían hacia las afueras de la localidad: exactamente, hacia aquel pajar… Donde, por lo visto, aún nadie había descubierto el cadáver de aquella jovencita. Donde ahora, tal vez, se dirigía otra vez el asesino…

Porque aquel hombre podía ser el asesino, ¿no?

David Lang se fue rezagando. Sin la protección de las casas, no podía seguirle tan de cerca. Era obligado llevarle una distancia prudencial.

Tal distancia, en sí inevitable por otra parte, fue la causa de que,

llegado el momento crucial, David Lang no estuviera en el lugar de la lucha.

Porque se organizó una violenta lucha entre Bárbara y el asesino, que no era otro, desde luego, que el hombre del impermeable oscuro.

Bárbara era aquella muchacha que vivía con su madre, viuda, en una de las casas de la plaza Mayor. La que, según el posadero, era bastante atractiva, con un andar muy desenvuelto y gentil. La misma que tuvo novio hacía un par de años pero riñeron, al parecer por culpa de los celos de él. La que también estuvo en el caserón.

Bárbara había ido al pajar, preocupada por el silencio de su amiga, la jovencita… Entró allí, llamándola, un poco sorprendida por la casi absoluta oscuridad que reinaba en aquel lugar. En realidad, la lámpara de aceite estaba dando ya sus últimos resplandores. Temblorosos, indecisos y tímidos resplandores.

Primero percibió aquel pestilente olor… Olor a muerto, a pura descomposición. Después, descubrió el cuerpo desangrado.

Cuando sus ojos contemplaron aquel horrible espectáculo, cuando vio aquellas seis espantosas heridas, creyó que se desvanecía. Sin embargo, tuvo que reaccionar pronto, porque en ello le iba la vida. El asesino estaba a sus espaldas y había cogido la horca, con análogas intenciones…

Se defendió, se defendió desesperadamente. Pero no pudo evitar que la horca le alcanzara en el cuello, donde el asesino se la clavó con tal brutal y endemoniada fuerza, que sus tres púas, después de atravesarle la garganta, se quedaron incrustadas en aquella esquina. Donde ella había ido a parar, viéndose acorralada.

Allí se quedó inmovilizada, viendo cómo la sangre fluía de su cuello e inundaba su vestido. Allí se quedó sufriendo un dolor espantoso, horripilante. Allí se quedó hasta que cedieron los latidos de su corazón. Era ya lo mejor que podía sucederle.

Pero su cuerpo, aunque cayó inerte, no se desplomó hasta el suelo. Siguió inapelablemente sujeto a aquellas tres pavorosas púas de la horca.

El asesino sonrió con gesto de triunfo… Ya había acabado con dos. Ya faltaban menos.

Oyó ruido. Alguien se acercaba y bien rápidamente, por cierto…

—¡Maldito forastero! —Masculló para sí—. ¿Otra vez eres tú…?

En mala hora llegaste aquí…

Decidió huir por la puerta trasera, lo mismo que hiciera la otra vez. Pero en esta ocasión, David Lang se le anticipó, cortándole la retirada.

—Baja la capucha y deja que te vea la cara…

El asesino, como única respuesta, metió la mano en el bolsillo de su largo impermeable oscuro y sacó un afiladísimo cuchillo. Un cuchillo que su mano enguantada sujetó con fuerza.

—No me vas a asustar —ironizó David—. Como tampoco me asustaste por teléfono… Si tú tienes el cuchillo, yo tengo mis puños… No estoy en desventaja, créeme…

El asesino tampoco contestó.

—Qué, ¿atacas tú o lo hago yo? —Le desafió David—. ¿O es que sólo sabes sacar agallas con las mujeres? Eso no lo hacen los hombres… Sólo lo hacen los cerdos asesinos como tú…

Pero David Lang no contaba con que, en aquel preciso momento, había de acabarse la última gota de aceite de la lámpara. Lo que fatalmente sucedió. Por lo que, de súbito, quedaron a oscuras.

Una oscuridad total y absoluta, que el asesino, conocedor del terreno que pisaba, aprovechó para retroceder y esconderse momentáneamente entre la paja. Luego, huiría de allí sin excesivas dificultades.

David no pudo evitarlo.

—Pero llegará una nueva ocasión —se dijo a sí mismo—. Volveremos a encontrarnos.

CAPÍTULO VIII

Ya de regreso, David Lang dio un rodeo para sortear el mal camino. La lluvia había acabado enfangándolo todo.

Debido a esta circunstancia, pasó junto al cementerio. Allí cerca vio la pequeña casa que debía ser, sin duda, la del sepulturero.

Decidió, ya que la casualidad le había hecho ir a parar allí, acercarse un poco más y hablar con Tina, con la hija del sepulturero, con la muchacha tuerta. Quizá ella pudiera decirle algo más, respecto a los habitantes del caserón.

—¿Qué desea saber? —le preguntó Tina, no de demasiado buen talante.

No era simpática como Evelyn. Ni mucho menos.

David miró a su alrededor. Una estancia más allá de donde ellos se hallaban, había un muerto ya metido en su ataúd. Un modestísimo ataúd, al que faltaba la tapa, que había aún de ser claveteada.

—Mi padre fabrica ataúdes… —le dijo Tina, reparando en la mirada de David—. Así nos defendemos mejor. Hay que comer cada día.

—Sí, claro —asintió el joven, que preguntó acto seguido—. Estuvo usted sirviendo en el caserón, ¿verdad?

—Sí —hubo un miedo cerval en aquel ojo, el único de su cara. El otro era sólo un agujero que no se molestaba en tapar.

—¿Cuánto estuvo?

—Dos días.

—¿Por qué se fue?

—Tuve miedo —contestó.

—¿De quién?

—De Danny Anderson, de su madre, del doctor Duff. De todos, para no decirle una cosa por otra.

—¿También de William, el criado que tiene garfios en lugar de manos? —quiso saber si el sirviente estaba incluido en aquel miedo que sentía la muchacha.

—De todos —repitió. Y añadió al poco—: La señora Anderson quiso pagarme doble, si me quedaba, pero aquello no había quien lo resistiera.

—¿Oía usted ruido por las noches? —le interesaba saber lo que opinaba al respecto. Quizá lo de Evelyn fueran sólo figuraciones.

—Sí, oía ruidos, pisadas. Una noche vi luz en una ventana, al otro lado del caserón. Una ventana que está orientada hacia el acantilado… Pero allí nunca hay nadie. Todas las habitaciones permanecen cerradas. Me extrañó mucho…

—¿Qué opina de Danny Anderson?

—Opino que el cerebro de Peter puede, frecuentemente, más que el suyo propio. Por lo que el cerebro de Peter acabará haciendo de su hermano un asesino.

—No la entiendo.

—Peter odia al doctor Duff. Sabe que el doctor Duff desea convertir a Danny Anderson en un ser normal, y como para ser normal sobre su cabeza… Sí, Peter hará que Danny asesine al doctor Duff… Pero, por favor —añadió Tina—, de esto no diga nada a nadie, no repita mis palabras. Si en el caserón se enteraran de que estoy hablando de esta manera…

—No se preocupe. Queda todo entre nosotros.

En aquel momento se acercó el sepulturero, el padre de Tina. Un hombre viejo y achacoso, que respiraba un tanto fatigosamente. Por lo menos, después de haber estado trabajando.

—¿Qué es lo que busca usted por aquí…? —le preguntó a David. Y agregó—: Si busca algo bueno, se ha equivocado de camino… Aquí todo es malo, desagradable… Ya ve, un cadáver…

—¿De qué ha muerto? —Preguntó David—. Por lo que he podido ver, parece bastante joven.

—No tuvo suerte —dijo el sepulturero—. Se subió a un árbol, se rompió la rama en que se apoyaba y, al caer, se dio en la sien… Una caída desgraciada… Así de tonta y triste es la vida…

—Pero usted ya debe estar acostumbrado —repuso David—. Dado el oficio que tiene…

—Pero hay pocos clientes —no había duda, se estaba

lamentando— y es difícil ganarse la vida. Hay días que sólo tenemos para una mala sopa.

Así que David Lang regresó a la posada, telefoneó a la policía. Ya no era factible demorar más aquella llamada.

—Tienen aquí dos muertos —les dijo—, y presiento que van a haber más… Ustedes mismos.

Y colgó.

CAPÍTULO IX

Jessica comprendió que ya no podía más. Tenía que irse de allí. Era preciso. Inevitable.

Fue en busca del doctor Duff, al que sabía que encontraría en la biblioteca. Siempre solía estar allí, rodeado de aquella desbordante cantidad de libros científicos. Cientos y cientos de libros, que parecían cobijar toda la sabiduría del mundo.

—Doctor Duff…

—Dime, Jessica —siempre aquel tono calmoso, sereno, sin nervios.

Un tono que, ahora que lo conocía bien, sabía que era sólo aparente, superficial. En verdad, su única misión estribaba en encubrir un estado anímico roído por los terribles remordimientos.

—Tengo que irme de aquí. Ya no puedo más. Espero que usted me ayude…

—¿Yo? —Era como si le sorprendiera la idea—. ¿Ayudarte yo…? No, Jessica, me pides un imposible. En esta vida, yo sólo puedo ayudar a Danny… Sólo a él… Y ayudándote a ti, en el sentido que me pides, ten la seguridad de que no le ayudaría a él… —Y considerando que era quizá el momento de decírselo—. ¿No te has dado cuenta, Jessica, de cómo te mira Danny?

La muchacha sintió un escalofrío.

—¿Cómo me mira? —se atrevió a preguntar.

—Con amor —lo dijo sin vacilaciones.

—Sí.

—Con amor… —repitió ella, con el más vivo horror expresado en su rostro.

—Puestas así las cosas —repuso el doctor Duff—, lo razonable por tu parte es quedarte.

Había hablado tras una pausa. Quiso conceder a la muchacha

unos segundos para que se tranquilizara.

—Opino de distinta manera —dijo ella que, pese a la pausa concedida, no se había tranquilizado en absoluto—. Y ahora, después de oír su opinión respecto a los sentimientos de Danny Anderson hacia mí, más que nunca deseo irme.

—¿Tan desagradable te resulta la idea de ser amada por él? —inquirió.

—¿A usted qué le parece? —Y sobraban los comentarios.

No, Jessica no estaba dispuesta a dejarse convencer, ni a darse por convencida. Quería irse, y era lo que iba a hacer. Sin más preámbulos. Les pareciera bien o mal.

Pero ¿le dejarían irse? La verdad es que tenía ciertas dudas al respecto. Cada vez más dudas.

—Será mejor que te hable con claridad, Jessica —el doctor Duff endureció el tono, por primera vez—. La señora Anderson no está dispuesta a que abandones el caserón. Yo, tampoco. Por lo que, en consecuencia, nuestro criado ha recibido órdenes bien concretas y terminantes…

—¡No se atreverán a prohibirme la salida! —exclamó Jessica.

—La señora Anderson desea que te quedes junto a su hijo. De momento, sólo pide eso. Confía en que lo demás llegue después…

—Las otras se fueron —dijo la muchacha—. Las otras pudieron marcharse…

—Tu caso es distinto, Jessica. Danny Anderson se ha enamorado de ti y su madre se ha dado cuenta… No, no permitirá que te vayas… Pero déjame que te diga algo, por tu propio bien… —Y se apresuró a añadir—: La señora Anderson tiene poderes diabólicos.

—¿Cómo ha dicho? —Había sacudido la cabeza, como quien no ha terminado de entender bien.

—Diabólicos… —El doctor Duff repitió la palabra—. No ha hecho uso de ellos hasta hace poco… En realidad, quería que todo fuera bien por sus pasos contados, sin forzar las cosas… Pero ninguna muchacha bonita ha aguantado aquí más de tres días seguidos, así que se está viendo obligada a reaccionar de forma menos amigable… ¿Me comprendes, Jessica?

—No —contestó la muchacha.

—Será mejor que te lo cuente ella misma.

—¿No puede hacerlo usted? —Y especificó—. Pero, con

franqueza, sepa que eso de… poderes diabólicos o expresiones por el estilo, son términos que a mí no me entran en la cabeza.

—Te comprendo, Jessica. De todos modos, si piensas que yo estoy mal de la cabeza, te equivocas. Como asimismo te equivocas si supones que la señora Anderson tampoco está en su sano juicio. Los dos estamos perfectamente cuerdos.

—Con sinceridad —dijo Jessica—, no lo parece. Según como se expresa usted, y según como dice que piensa ella…

—Le diré que te hable, Jessica. Le diré que te lo explique todo… Sólo entonces… —Su tono volvió a ser duro— comprenderás que has caído ya para siempre en nuestro poder. Sólo entonces, haciéndote cargo de la realidad, serás tú la primera que… no querrá irse.

* * *

Al salir de la biblioteca, Jessica lo hizo lenta y pesadamente, como abatida aún por la fuerza electrizante que había emanado de aquellas últimas palabras. Pero así que estuvo fuera de la estancia, echó a correr hacia la puerta de salida.

Sin embargo, apenas puso la mano en el cerrojo de la puerta, se sintió detenida por un brazo. Bruscamente detenida por un garfio de hierro.

—No puede salir —silabeó el criado.

—¿Me lo va a impedir usted?

—Obedezco órdenes.

—Soy dueña de mis actos.

—No.

—¡Vamos a verlo! —exclamó Jessica.

Como fuera, quiso abrir la puerta y salir de allí. Pero el criado, sin contemplaciones, le clavó uno de sus garfios en el vestido y la hizo retroceder a la fuerza, quieras o no. La arrastró casi un par de metros.

—Así está mejor —dijo entonces William. Quien esta vez añadió —: Si es mansa, saldrá ganando.

La muchacha pensó que lo mejor sería telefonear a la posada, a David Lang. Estaba claro que sólo con su ayuda podría salir de allí sana y salva.

Hizo ver, pues, que se resignaba con su suerte, y dejó de hacer

frente al criado. Volvió sobre sus pasos.

Pero cuando, ya en su dormitorio, pudo coger el teléfono y marcar los números que creía que iban a ser su salvación, se dio cuenta de que los hilos habían sido cortados.

Se quedó tan asustada que, sin poder evitarlo, se puso a temblar de pies a cabeza.

Y así, temblando, la encontró la señora Anderson. Acababa de entrar en su dormitorio, tras dar unos leves golpecitos con los nudillos.

—Vengo a hablar contigo, Jessica. El doctor Duff…

La muchacha le interrumpió:

—¿De qué viene a hablarme? ¿De sus extraños poderes…? Yo no creo en esas ciencias, entérese de una vez. Así que le recomiendo que no pierda el tiempo conmigo.

—Antes, escúchame.

—Si tanto se empeña, no va a quedarme otro remedio.

—Has de saber, Jessica, que, si estás aquí, en Fresllesson, es porque yo así lo organicé de antemano.

—¿Usted? —Se esperaba un disparate gordo, pero no tanto como aquél. Éste pasaba de la medida.

—Sí. Yo hice que hubiera aquel desprendimiento de tierras. Así el autocar se vio obligado a detenerse…

—¿Usted hizo eso? ¡Por Dios, señora!

—Y fui a la posada, porque sabía que allí te encontraría. Todo estaba ya planeado por mí. Sí, tengo pode, res diabólicos…

Jessica le interrumpió de nuevo, con burla:

—¿Se los ha conferido el propio diablo en persona, supongo?

—Sí, sí…

—Mire, señora —quiso demostrarle que su mente no vacilaba, que seguía en su sitio, firme y lúcida—, a mí no me venga usted con artimañas, ni con brujerías. Yo no soy propensa a tragarme píldoras de esa clase…

Pero la señora Anderson había de decir, a continuación, algo que se le antojó realmente estremecedor y auténticamente demencial.

—Mientras ibas en el autocar, yo metí mi espíritu dentro del tuyo, y conseguí llevarte a otro mundo… A un mundo del que no hubieses salido con vida, si yo no hubiera querido… Habrías muerto, tragada por el dragón… O quizá hubieras muerto antes,

envenenada por la picadura de aquellas serpientes… O tal vez ahogada en aquel río de sangre.

—¿Cómooooo…? —Aquello resultaba demasiado inesperado y excesivamente aterrador—. ¿Cómo sabe usted…?

—Aquello no fue una pesadilla —dijo la señora Anderson—. Aquello fue real… Como volverá a serlo, si te empeñas en huir de esta casa. Yo puedo llevarte de nuevo a aquel mundo.

—¡No! —exclamó Jessica, con los nervios destrozados.

—¿Quieres que te lo demuestre?

—Usted no puede demostrarme eso… ¡Aquello fue una pesadilla! ¡Una vulgar pesadilla!

—Si sólo hubiera sido eso, yo no sabría nada. Y lo sé todo… Te lo repito, Jessica, si no pones de tu parte, te enviaré de nuevo a aquel mundo tenebroso… Y sólo te sacaré de allí, recuérdalo, si me prometes ser buena con Danny…

—¿Quiere volverme loca…? —Inquirió Jessica—. ¿Es esto lo que pretende?

—No, en absoluto.

—Sí, sí, quiere que pierda la razón. Porque sólo una loca puede quedarse a vivir aquí.

—Cállate, Jessica. No alces la voz. No quiero que mi hijo te oiga. Quiero que él crea que te quedas por propia voluntad.

—No, no me quedaré.

CAPÍTULO X

La muchacha se había acostado tarde. No lo hizo antes, porque sabía que no iba a poder dormir. A esa hora, quizá aún le costase.

Pero no le costó tanto como se temía. Lo malo fue que se despertó antes de las tres de la madrugada, muy desvelada y también muy nerviosa.

Se incorporó en la cama. Miró a su alrededor, viendo que todo seguía igual. No, no había nadie allí. ¿Había sufrido la sensación de que no estaba sola en su dormitorio? Sí, tal vez se tratara de eso.

Iba a echarse de nuevo en la cama, cuando oyó un ruido en el pasillo. Un ruido extraño, que no pudo acertar a definir.

Se incorporó de nuevo, y luego se puso en pie, viendo su imagen reflejada en el espejo del armario. Una imagen que temblaba, en medio de un bonito pijama.

Poco a poco, entreabrió la puerta. Con precaución, con sigilo. Para que nadie la viera.

De pronto, Jessica quedó espantada, horrorizada, despavorida. Por mucho que se diga es quedarse corta.

Aquella puerta que acababa de entreabrir, no daba a ningún pasillo. Daba a un bosque, que a lo lejos parecía hacerse más denso, más tupido.

—No es posible… —murmuró, y los dientes empezaron a castañetearle, dándose unos contra otros.

De un modo irresistible, se vio impulsada hacia adelante. Avanzó varios metros.

Pero se dio cuenta de lo oscuras que eran las sombras de la noche y quiso retroceder. Sin embargo, el trecho ya recorrido quedaba tan tenebrosamente negro, que prefirió seguir avanzando. Por allí, al menos, veía un par de esperanzadoras luces…

Pero conforme iba avanzando, los pies, las piernas, y el borde

del pijama, se le iban enganchando cada vez más entre la maleza que había por el suelo.

Jessica recordó la pesadilla que tuvo en el autocar, Pero ella sabía que AHORA no era ninguna pesadilla.

Se agachó, para anudarse con las manos a despegarse las ramas de los tobillos. ¡Eran serpientes! ¡Asquerosas serpientes, que sé le enroscaban a los7 tobillos, que le subían por las piernas!

Gritó desesperadamente, gritó hasta enronquecer su garganta. Hasta sentir que le dolía.

En eso vio un riachuelo. Cruzaba no muy lejos de allí. Llegaba hasta sus oídos el rumor de sus aguas.

Corrió hacia allí como pudo, y metió las piernas dentro del agua. Así las serpientes morirían ahogadas.

Pero el agua era demasiado espesa, demasiado viscosa y estaba demasiado caliente… ¡Era sangre!

Pudo comprobarlo, al agacharse y coger el rojo líquido entre sus manos.

La pesadilla se repetía fatalmente. En todas y cada una de sus horrendas características. Como calcada. Pero ahora Jessica sabía, SIN LUGAR A DUDAS, que aquello no era una pesadilla.

Al salir del río, echó a correr hacia aquellas dos luces que veía. ¿Serían las ventanas de una casa de campo, o, una vez más, hasta la sinrazón, hasta el desvarío, se repetiría aquel dantesco e infernal sueño?

Algo en su interior seguía impulsándola a través de las tinieblas de la noche, hacia adelante. Hacia adelante, pues, fue…

Y al llegar allí, su horror y su espanto crecieron más y más… ¡Aquéllos eran los ojos centelleantes de un dragón!

Un dragón enorme, descomunal, de piel escamosa, patas cortas y cola furiosamente agitada. Entreabría la boca por donde le entraba y le salía la lengua, en un jadeo amenazador.

Y Jessica *SABÍA* que esta vez no soñaba, y que el dragón estaba allí. Aquello no era una pesadilla. ¡Qué más hubiera querido ella!

No le había mentido la señora Anderson. ¡Tenía poderes diabólicos! ¡Y se lo estaba mostrando con largueza!

El dragón entreabrió la boca y sacó la lengua, esta vez alargándola, alargándola…, hasta que llegó a donde se hallaba la muchacha. Quien, presa del más horrendo pánico, había quedado

inmóvil, paralizada.

La lengua del dragón aún se alargó más y Jessica se sintió pegada a su saliva por lo que no pudo soltarse cuando la lengua fue retrocediendo, retrocediendo, volviendo a su punto de partida.

Exactamente como en el sueño.

Pero esta vez era VERDAD, y Jessica sabía que si el dragón se la metía en la boca, como a un vulgar e insignificante insecto, y se la tragaba hasta su mismísimo estómago, ya nunca podría salir de allí.

Se puso a gritar.

—¡Socorro! ¡Socorro! —Y ya al límite de sus fuerzas, dominada por la más aterradora de las desesperaciones—. ¡Sálveme, señora Anderson! ¡Sálveme!

Apenas invocada, porque sus gritos fueron como una invocación, Jessica vio aparecer ante sí a la señora Anderson.

—¿Quieres que te salve? —Oyó que le decía—. ¿Quieres, de veras, que te salve?

—Sí, sí…

—Pero ya sabes cuál es el precio, ¿verdad? No te irás del caserón. Serás buena y paciente con Danny…

—Sí, sí… —asintió la muchacha—. Haré lo que usted me pida… No, no me iré del caserón…

—¿Puedo fiarme de tu palabra? —Preguntó la señora Anderson —. ¿Puedo dar por seguro que cumplirás las promesas que ahora me estás haciendo?

—Sí, sí… —Y viéndose ya muy cerca de la boca jadeante del dragón y de sus dos escalofriantes hileras de dientes—. ¡Sí! ¡Siiiiiiií…!

La señora Anderson gritó, de pronto:

—¡Quieto! ¡Deja a la muchacha!

Se había dirigido al dragón, cuyos ojos dieron la impresión de centellear más en aquel momento. Pero obedeció, sí, al acto. Y soltó a la muchacha, despegándola de su lengua.

Luego, fue retrocediendo, hasta desaparecer de un modo total y absoluto entre las tinieblas de la noche.

—Ya estás a salvo… —dijo entonces la señora Anderson—. ¿Ves lo sencillo que ha sido para mí…? Supongo que ahora ya no dudas de mi poder.

—No, claro que no —dijo Jessica, e instintivamente se llevó las

manos a los ojos.

Sentía que le estaba venciendo un sueño abrumador. Un sueño verdaderamente inconfundible.

Debió dormirse, claro. Aunque lo cierto es que no lo recordaba con exactitud.

Sólo sabía que, poco después, se despertó de nuevo. Estaba acostada otra vez, y la señora Anderson se hallaba a su lado, esbozando una sonrisa.

—Te he traído de nuevo a este mundo… Ya no debes temer nada. Nada absolutamente. Pero recuerda todas tus promesas…

—Sí, señora —respondió Jessica, temblando—. Sí…

* * *

El inspector Feel se había presentado en Fresllesson. Era un hombre de mediana edad y escasa estatura, que llegó allí medio convencido de que le habían gastado una broma. O poco menos, que venía a significar lo mismo, un viaje a deshora e inútil.

Su primera visita fue a la posada. ¿A dónde si no ir en una localidad como aquélla? Allí mismo dejó detenido su coche oficial, con dos hombres en el interior.

—¿Fue usted quien nos telefoneó?

—No, no. Yo no he llamado a la policía para nada —respondió el posadero—. ¿Para qué iba a llamarles?

—He sido yo —dijo David, presentándose, con desenvoltura, ante el inspector Feel.

Y a continuación, le informó de todo lo que sabía.

—¿Sospecha usted de alguien, señor Lang?

—En absoluto.

—Pero usted vio al asesino…

—Vi sólo un impermeable largo, oscuro, con la capucha alzada. No es ver mucho.

—¿Quiere acompañarme al pajar…?

—¿Por qué no? Estoy a sus órdenes.

Pero al llegar allí, los dos cadáveres habían desaparecido. Ni había ya manchas de sangre. La horca estaba limpia, lustrosa, colgada en su lugar correspondiente. Como si todo hubiera sido, por parte de David Lang, una pura invención.

—¡Le aseguro, inspector…!

—No me gustan esa clase de bromas —rezongó el policía—. Debiera llevarle detenido por cuarenta y ocho horas… Así escarmentaría.

—¡Pero si le he dicho la verdad! Oiga, inspector, ¿a que no encuentra con vida a esa jovencita, ni a la otra muchacha llamada Bárbara? Me apuesto mil libras contra una.

No hizo falta más para que el inspector Feel comprendiera que había hecho mal dudando de la veracidad de sus informaciones. Y con gesto amable, le respondió:

—No me gusta apostar. Pero… le creo. Me quedaré a investigar.

CAPÍTULO XI

David Lang llamó a la puerta del caserón, y cuando el criado abrió, le pidió hablar con Jessica. No hubo, por descontado, la menor vacilación en él. No era hombre de vacilaciones.

No había vuelto a saber de ella y estaba sobre ascuas. Ya no aguantaba más.

—Pase usted —el criado estuvo más amable de lo que David esperaba. Le condujo a una pequeña estancia—. Espere un momento, por favor.

Poco después, se presentaba Jessica. ¡Pero qué asombrosamente, qué lamentablemente cambiada estaba! Su rostro ofrecía una palidez casi lívida, con profundas ojeras alrededor de sus ojos. Llevaba un vestido floreado, muy bonito, pero le venía grande. Por lo visto, había adelgazado varios kilos.

—¡Jessica!

—¿Todavía estás aquí, David?

—Quedamos en regresar juntos, ¿no lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo. Pero tendrás que irte solo… He decidido quedarme.

—¿Vas a quedarte aquí…? —se asombró. No podía dar crédito a aquella afirmación—. ¿Después de todo lo que me contaste el otro día? No me lo digas, no puedo creerlo.

—Sí, voy a quedarme. Está decidido. Me pagan bien. En poco tiempo, podré tener muy buenos ahorros…

—¿Qué te ha sucedido, Jessica? Porque a ti te ha sucedido algo grave, esto no cabe dudarlo… Dime de qué se trata… Yo te ayudaré, te defenderé… ¿No tienes fe en mí?

—Sí, David, claro que sí… —Y sin poder contenerse ya por más tiempo, la muchacha se echó a llorar.

Del modo más angustioso, más sobrecogedor.

—Por favor, Jessica, no llores así…

La había cobijado entre sus brazos, queriendo darle ánimo, influirle confianza.

—Anda, cuéntame… —insistió.

—Quieren que me quede… —dijo la muchacha, y no me dejan otra alternativa que obedecerles. De lo contrario, la señora Anderson, que tiene poderes diabólicos…

—¿Eh? ¿Qué es lo que has dicho que tiene…? —la había interrumpido. El caso lo merecía.

—Digo eso, que la señora Anderson tiene poderes diabólicos, y puede mandarme a un mundo de horror…

Le contó lo que le había sucedido aquella noche. Se lo contó, sin omitir nada.

—¡Criatura, eso fue una pesadilla, sólo eso! —Exclamó David—. Una pesadilla como la del autocar… Ni más ni menos… ¿Cómo puedes suponer algo distinto?

—Esta vez no fue una pesadilla, te lo aseguro, David. Fue real, auténtico… ¿Cómo no voy a saberlo yo, que fui la protagonista?

—¿Desde cuándo existen ríos de sangre y dragones? ¡Por Dios, Jessica, te suponía más sensata!

—Tampoco debió ser una pesadilla lo del autocar —la muchacha hablaba dominada por el miedo, por la obsesión—. La señora Anderson dice que también fue verdad…

—¡Qué verdad ni qué ocho cuartos! —Barbotó David—. Aquí te quieren trastornar, esto es evidente… Y por lo que veo, lo están haciendo bien. En fin, sólo hay una solución, que regreses inmediatamente conmigo…

—No, no —le asustó la sola idea de hacerlo así—. Debo quedarme. Se lo he prometido a la señora Anderson. Ella me salvó del dragón…

—¡Eso sólo fue un sueño, una pesadilla! Una pesadilla que se repitió de una forma incomprensible, pero que…

—No fue una pesadilla esta segunda vez, David. Fue real, auténtico. Ya te lo he dicho. Y como sea que no quiero volver a ese mundo…

—… prefieres quedarte aquí, ¿no es eso?

—Sí, David.

—Junto a un hombre que tiene dos cabezas —dijo él—, y lo que

es peor, dos cerebros. Porque si Danny es el bueno y Peter es el malo, ¿qué sucede cuando el cerebro de Peter puede más que el de Danny? Si a ti te falta imaginación, a mí, por descontado que no…

—¿Qué quieres decir? —Se estremeció aún más.

—Cuatro muchachas entraron a servir en este caserón. Pero las cuatro se fueron, no quisieron quedarse… Pues dos de ellas han muerto ya… Asesinadas… Y presiento que morirán las dos que faltan, Evelyn y Tina… Resumiendo, ¿quién las mata? Puede que Danny se resigne con su desgracia, pero puede también que Peter sea incapaz de perdonar…

—No digas cosas horribles.

—Tú ya me hablaste en estos o parecidos términos, ¿ya no lo recuerdas? A ti también te daba la sensación de que el cerebro de Peter podía más que el de Danny. Que se imponía al de su hermano… Que se hacía obedecer… Sin ser el dueño del cuerpo, era el dueño, empero, de su voluntad… Fueron éstas o muy parecidas tus palabras, ¿no?

—Sí, esto es cierto —asintió Jessica—. Pero, bueno, lo único que ahora cuenta para mí es la señora Anderson…

—¿Y sus poderes diabólicos?

—Sí, sí —afirmó, cada vez más obsesionada, y cada vez más hundida y ahogada en su propio miedo, en su propio terror.

David Lang se quedó unos minutos silencioso. Había que reflexionar y sacar conclusiones.

—Si tú dices que esta segunda pesadilla no fue tal, si aseguras tan firmemente que todo fue auténtico, habrá, en principio, que creerte. Enfocada así la situación, llegamos a una inevitable pregunta… ¿Por qué, lo que te sucedió, fue una copia exacta de la pesadilla del autocar? Sólo cabe una respuesta… Cuando tú explicaste tu sueño, alguien te oyó… Pero se da el caso que sólo estábamos tú y yo… y la mujer del moño, que luego se adormiló, y el chófer, claro. Pero el chófer estaba al otro extremo del vehículo, junto al ruido del motor, por lo que en buena lógica no pudo oírte… Así que sólo queda pensar en la mujer del moño.

Jessica siguió callada.

—Estoy seguro de que la mujer del moño no se quedó en el autocar. Seguro que vino hacia aquí… Y explicó tu pesadilla… ¿A quién? Pongamos por caso a la señora Anderson, que tomó buena

nota de tales pormenores para luego obsesionarte más y mejor, con sus poderes diabólicos…

—No comprendo —dijo Jessica, esta vez.

—Si cuando tú abriste la puerta, el pasillo había desaparecido —prosiguió David Lang— y en su lugar había un bosque… prueba indudable de que, en aquel momento, no estabas en este caserón. Si no lo estabas, es que te habían llevado a otra parte… ¿Por qué? ¿En qué condiciones?

—Cuando me desperté, estaba en mi dormitorio, en el de cada noche. Me vi reflejada en el espejo del armario… El mismo armario de siempre… Seguía aquí…

—Faltan muchas cosas por aclarar, ya me doy cuenta. Los hechos no se ajustan, no casan entre sí… Porque si te llevaron a otro mundo…, ¿qué mundo era ése? No cabe duda, construido a gusto de ellos… Pero los mundos, a capricho de uno, no se construyen así como así… En todo caso, eso cuesta una fortuna… Y los Anderson no son muy ricos, ¿o acaso sí lo son, y entonces podríamos explicarnos por lo menos esto…? En fin, antes o después, lo averiguaré todo… Puedes darlo por seguro… No voy a resignarme a que te quedes aquí, un día y otro, esclavizada por unos poderes diabólicos que sólo existen en el miedo que te han metido dentro del cuerpo.

* * *

Se despidieron junto a la puerta.

—Tengo que irme a Londres —dijo David Lang, alzando la voz —. Ya no puedo demorar más mi marcha. Adiós, Jessica, que todo te vaya bien.

—Gracias por tu visita, David. Yo también te deseo suerte.

Abrieron la puerta.

Al poco, ésta se cerraba.

Jessica se dirigió hacia la biblioteca, donde sabía que encontraría al doctor Duff. Donde, también, le daba la impresión de que estaría la señora Anderson, Respecto a William, el criado se hallaba en el comedor. Le estaba viendo desde allí.

Antes de entrar en la biblioteca, lanzó una disimulada mirada hacia lo alto de la escalera. David Lang estaba ya allí. Había subido los escalones de tres en tres. Ahora desaparecería a lo largo del

pasillo.

Ya en la biblioteca, la muchacha sintió sobre ella cuatro pares de ojos. Los del doctor Duff, los de la señora Anderson, y los cuatro de Danny y Peter Anderson, pues el hombre de las dos cabezas también se hallaba en aquella estancia.

—¿Se ha ido ya? —preguntó el doctor Duff.

—Sí —replicó Jessica—. Quería que me fuera con él, pero le he dicho que deseaba quedarme. Esto ha sido todo.

Capítulo XII

Acababa de cerrar la puerta de su dormitorio, cuando la muchacha oyó la voz a sus espaldas:

—No te asustes, Jessica. Soy yo.

—¡Oh, David, no sabía dónde podías estar! —exclamó girándose hacia él.

—No se han dado cuenta de nada, ¿verdad?

—No.

—Estupendo.

—Pero ¿qué es lo que pretendes, David? Aún no me lo has dicho.

—Tengo mis razones para suponer que en este caserón habita alguien más. Esto es, pues, lo primero que pretendo averiguar.

—¿Alguien más…? —se extrañó Jessica.

—Sí… El doctor Gilmore… ¿Por qué no? Si en algún lugar de Fresllesson tiene que estar, resulta lógico suponer que sea aquí donde resida.

—¿Tú crees?

—Claro.

—Debes ir con cuidado, David —se angustió la muchacha—. Si se enteraran de que estás aquí, presiento que correrías un riesgo muy grande…

—Es posible —admitió—. Sin embargo, puedes estar segura de que me tienen sin cuidado los poderes diabólicos de la señora Anderson. Los cuentos chinos no me han gustado nunca.

—Quisiera estar tan segura como tú, David.

—Lo estarás —afirmó—, así que te dé una buena explicación a todo lo sucedido. Pero has de concederme un poco de tiempo.

—Si al menos fueras armado…

—Sería más tranquilizador, estoy contigo. Pero en caso de

emergencia, usaré mis puños… —Los cerró fuertemente, mostrándoselos a la muchacha—. Tienen buena pegada…

Al salir del dormitorio de la muchacha, reinaba el silencio más profundo.

Ellos se dirigieron hacia el otro lado del caserón. Donde todas las habitaciones estaban cerradas.

Pisaban quedo, no hacían ruido. David llevaba a la muchacha cogida de la mano. Iban mirando bajo el quicio de las puertas, pero sólo hallaban oscuridad.

Como el caserón era inmenso, inacabable, casi les dio la sensación de que se perdían. Pero, de pronto, vieron una luz… Era esto, exactamente, lo que David Lang buscaba.

—Mira, Jessica…

Se acercaron a aquella puerta.

—Doctor Gilmore…

El tono había sido bajo, contenido, pero el ocupante de aquella habitación lo oyó en seguida. Unos pasos irregulares se acercaron a la puerta, deteniéndose allí.

—¿Quién me nombra? —preguntó una voz trémula.

—Un amigo —dijo David.

—Estoy prisionero…

—Abriremos la puerta, no se preocupe.

David echó una ojeada al cabello negro de la muchacha.

—Dame ese gancho que llevas. Lo usaré como ganzúa. No creo que haga falta más.

Jessica se lo quitó, entregándoselo.

A los pocos segundos la puerta se abría sin ofrecer dificultades de ningún género.

Y poco después el doctor Gilmore, un hombre ya mayor, de frente despejada, de cabellos muy blancos, que cojeaba visiblemente, les refería las vicisitudes por las que había tenido que pasar.

—Desde luego, nunca me ha faltado la comida, ni el agua. No, no me han privado de nada indispensable. Pero —se inquietó su expresión—, pero… creo que me hubieran matado de negarme a intervenir quirúrgicamente a Danny Anderson. Por eso he estado dando largas al asunto.

—¿Quieren que opere a Danny? —preguntó David.

—La señora Anderson está empeñada en ello. También el doctor Duff. Éste le operó años atrás y fracasó… Siente tantos remordimientos por el monstruo que dejó con vida, que sólo quiere, al precio que sea, convertirle en un ser normal… Pero pretenden que yo les garantice el éxito, y esto no es posible… El caso de Danny Anderson no tiene solución… No hay forma humana de que deje de ser lo que es…

—Le hicieron venir a Fresllesson y le secuestraron, ¿no es eso? —preguntó David.

—Me telefonearon, rogándome que viniera. Rogándome, asimismo, que hubiera por mi parte la máxima discreción posible, puesto que se trataba de un caso que no debía trascender. Al llegar aquí, lo que usted ha dicho; me secuestraron.

—¿Le han ofrecido mucho dinero si la intervención quirúrgica va bien? —preguntó David.

—Una cifra exorbitante.

—Entonces, ¿es rica la familia Anderson?

—Fabulosamente rica —y añadió—: Les conozco desde hace muchos años. Antes vivían en Londres, deslumbrando al mundo con sus riquezas. Pero, desde que nacieron los hermanos se refugiaron aquí.

—Bueno, ya nos lo referirá todo mejor, en un momento más idóneo —dijo David—. Ahora hay que pensar ante todo en salir de este lugar.

—¿No sería mejor avisar a la policía?

—Desde mi dormitorio no va a ser posible —dijo Jessica—. Han cortado los hilos al teléfono.

—Si usted pudiera ir a pedir ayuda… —El doctor se dirigió a David—. Sería una medida oportuna. Para mí, al menos, que soy ya viejo y tengo que pensar en esta pierna que no me obedece como quisiera… Si tuviera que enfrentarme con alguien, comprenda que me vería en un grave aprieto.

—Me hago cargo, doctor Gilmore —y David Lang no lo pensó más—. De acuerdo. Saldré a pedir la ayuda que evidentemente necesitamos. Iré en busca del inspector Feel… Me descolgaré por la ventana —decidió, tras echar un vistazo a través de los cristales—. Anudaremos las sábanas y…

—La ventana da al acantilado —dijo la muchacha, preocupada.

—Es igual —dijo David—. No me caeré, por la cuenta que me trae.

* * *

Unos minutos después, tras asegurarse de que las sábanas se hallaban firmemente anudadas entre sí, David Lang se descolgó por la ventana.

Pero la distancia era considerable y las sábanas no daban de sí tanto como hubiera sido de desear, por lo que se vio forzado a realizar verdaderos alardes de acrobacia.

No obstante, tenía dos miembros ágiles como los de un gato montés. Pudo, por tanto, salvar todos los escollos que se le presentaron, logrando finalmente posar los pies en unas rocas que formaban como un alféizar en el acantilado. Desde allí, ya todo había de ser fácil.

Luego se lanzó a correr, lo más rápido y ligero que pudo, hacia el centro de Fresllesson.

Sin duda encontraría al inspector Feel en la posada. Así pues, tenía la intención de no detenerse hasta llegar allí.

Sin embargo, sí se detuvo, y de súbito…

Fue al pasar ante la casa del herrero. Donde éste vivía en compañía de su hija Evelyn.

Vio una pequeña ventana iluminada y, a través de sus cristales, una cama y allí el cuerpo de la muchacha atravesado por una horca. Tan atravesado, que David Lang hubiera jurado que las púas de hierro debían salir por el otro lado del colchón, por debajo de la cama. Las sábanas se habían empapado de sangre, enrojeciéndose violentamente.

David no quiso perder más tiempo. Ya había perdido bastante mirando aquel siniestro espectáculo, que, por otra parte, tenía todas las trazas de ser un desafío del asesino…

Dejar encendida la luz era, indudablemente, un reto… ¿Tan seguro, tan encubierto se sentía, que aún le quedaban agallas para sentirse bravucón?

Cuando David Lang llegó a la posada, que aún seguía abierta, se enteró de que el inspector Feel no estaba. Se había ido a merodear por los alrededores del pajar. Debía creer que le interesaba hacerlo a aquellas horas de la noche, para mejor percatarse de los pequeños

detalles.

—No puedo esperarle —dijo David al posadero—. Debo reunirme de nuevo con ellos… —No especificó quiénes eran «ellos», pero pasó un papel y escribió un par de líneas—. Dele esto, así que llegue. Es de vital importancia. Cuestión de vida o muerte… ¿Comprende?

—Sí, sí… De acuerdo, señor Lang.

CAPÍTULO XIII

Las sábanas seguían colgando a través de la ventana. Junto a, ésta, el rumor de las olas dando contra el acanillado.

David Lang consiguió alcanzar la sábana y fue trepando poco a poco, dificultosamente, hasta llegar arriba.

Pero mientras ascendía, llevaba el corazón en un puño. ¿Por qué no se asomaba Jessica, o el doctor Gilmore? No cabía duda, algo había sucedido en su ausencia. Y no era nada bueno. Forzosamente, tenía que ser algo malo.

Al saltar el marco de la ventana y pisar de nuevo el suelo de aquella estancia, la respuesta la tuvo en el acto.

Una respuesta terrible, escalofriante.

El doctor Gilmore había muerto… ¿De qué forma le habían quitado la vida? Pues como el asesino debió pensar que más cuadraba a un famoso cirujano. Esto es, atravesándole el corazón con un bisturí.

Un bisturí que la mano asesina sacó de un maletín de cuero, que ahora permanecía abierto y con todos sus objetos desparramados.

El rostro del doctor reflejaba un terror profundo, absoluto, pero también cierta perplejidad. Como si no se esperara a su enemigo. ¿O como si su enemigo no fuera quién él suponía que podía ser…?

De Jessica, ni rastro. Como si el suelo, abriéndose, se la hubiera tragado.

David salió al pasillo y de allí, al no ver a nadie, se dirigió hacia el lado habitable del caserón. Donde debían estar todos.

Donde, sin duda, debía hallarse Jessica.

En efecto, no tardó en dar con ellos. Con todos ellos. Se hallaban reunidos en la biblioteca.

Pero la escena que David Lang presenció, desde el vestíbulo, no era ciertamente la que se esperaba.

Decidió, de momento, quedar tras una cortina a la expectativa. Aparecería en el momento justo y preciso. No antes. Esto podía resultar contraproducente. Desde luego, no iba a permitir que nadie hiciera daño a Jessica. Estaba dispuesto a defenderla, aun a riesgo de su vida.

En un sillón, se hallaba el doctor Duff, pero… ¡sin cabeza! Su cabeza estaba en la mesa del escritorio, sobre una carpeta de reluciente piel, como un trofeo…

El criado, William, permanecía allí cerca, inmóvil y al parecer indiferente. Más o menos como quien espera recibir órdenes y, mientras tanto, no sabe qué actitud tomar.

Jessica estaba en una silla, maniatada.

La señora Anderson, pegada de espaldas al mármol de la chimenea, presenciaba todo aquello de forma alucinada, y gimoteaba.

Danny Anderson era el centro de todas las miradas.

Miradas que parecían abochornarle…

Pero la expresión de Peter, la expresión de aquella cabeza incrustada en el hombro izquierdo, era de triunfo, de regocijo y también de profunda y refinada maldad.

—¿Por qué tiene que estar muerto…? —La voz de la señora Anderson rompió el silencio que había en la biblioteca—. Te quería mucho, Danny… Estaba dispuesto a todo por ti…

—Yo no… no… le he matado —tartamudeó Danny—. Yo no le…, le he separado la… la cabeza del cuerpo… Al entrar aquí, le he visto… Ya estaba así…

Nadie hubiera dudado de su sinceridad, a no ser por los ojos de Peter, que se reían y regocijaban de un modo malévolo y espeluznante de aquella muerte, una y mil veces deseada por él.

—¿Por qué has atado así a Jessica? —Preguntó la señora Anderson—. Esto también lo has hecho tú… ¿No vas a negármelo…?

—Sí, sí —admitió ahora Danny Anderson—; lo he hecho yo porque ha venido gritando desde el otro lado del caserón, gritando como si se hubiera vuelto loca… Para evitar complicaciones, se me ha ocurrido sujetarla…

—Estaba con el doctor Gilmore —dijo Jessica, desde su silla— y alguien se ha presentado, de pronto, dándome un golpe en la

cabeza… Cuando he vuelto en mí, el doctor Gilmore estaba muerto… Le habían clavado un bisturí en el corazón… Sí, sí, he salido de allí gritando…

—¿Cómo has sido capaz, Danny? —La señora Anderson gimoteaba cada vez más—. Le teníamos aquí para que te salvara…

—Tampoco he… he sido yo… —Danny seguía tartamudeando—. No, no… he… he… sido yo…

Pero también seguía regocijándose de su triunfo, de su victoria, aquella cabeza de ojos malévolos. Sí, la expresión de Peter decía, por sí sola, demasiadas cosas.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —Pareció preguntarse la señora Anderson, mientras se ocultaba el rostro entre las manos—. Dos muertes en esta casa… ¡qué horror!

—Tres… —dijo la voz de Peter.

Esa voz hueca, cavernosa, que pocas veces se dejaba oír. Esa voz que daba la sensación de tener algo de espectral, de ultraterrena.

—¿Tres? —Se estremeció la señora Anderson.

—Sí… ¡sí! —exclamó la boca de Peter, que se torció en un gesto cruel, satánico—. ¡Jessica tiene que morir!

* * *

—¿Por qué…? ¿Por qué ha de morir…? —La señora Anderson seguía con sus gimoteos.

—¡No morirá! —Exclamó a su vez Danny, volviendo su mirada furiosa hacia su hermano siamés—. ¡Yo no la mataré!

—¡Sí tienes que hacerlo! —Peter miraba a Danny, queriendo obsesionarle—. ¡Nos desprecia a los dos! ¡A los dos!

—Antes me mataría a mí mismo —murmuró Danny.

—No seas imbécil y obedece. —Peter no cejaba en su maquiavélico empeño—. ¡Obedece! ¡Ahógala entre tus manos! Con la fuerza que tienes, te basta medio minuto…

—No, no… —Se rebeló Danny. Pero la fuerza de su hermano, el poder de su cerebro, debía estar filtrándosele por las venas, por las arterías; de ello que la lucha, en su interior, estuviera resultando ímproba, titánica—. No, no…

—¡He dicho que sí! —Gritó Peter—. ¡Obedece de una vez! ¡No me lo hagas repetir!

Danny, con las manos por delante, dos manos terriblemente

crispadas, dio unos pasos hacia la silla en que se hallaba la muchacha. Como arrastrado por una fuerza superior a su propia voluntad.

Y Jessica dejó oír un grito. Un grito que lo tenía todo de taladrante alarido. Un alarido preñado de todo el horror que ella sentía en aquellos alucinantes momentos.

La señora Anderson no se vio capaz de intervenir. Se sentía vencida por su propio espanto. Por todo lo que de aterrador y monstruoso tenía el caso que presenciaba.

El criado, por su parte, continuaba inmóvil y aparentemente indiferente. Si no recibía órdenes de su señora, evidentemente, seguiría en aquella actitud.

Pero en aquel momento, David Lang salió de la cortina en que hasta entonces permaneciera escondido, y se plantó en medio de la estancia. Mejor dicho, se plantó entre la silla de la muchacha y el avance de los hermanos Anderson.

De los dos… Porque, indudablemente, eran dos los que avanzaban. Uno dando órdenes y el otro obedeciéndolas… quieras que no.

—¡David! —exclamó la muchacha, sintiendo que el cielo se le abría.

—Hola, cariño… —sonrió él, como si tal cosa.

Luego se volvió hacia los demás, observándoles uno a uno. Seguidamente había de decir:

—Resulta una visita inoportuna, ¿verdad? —Había erguido su alta estatura, dando a entender que no iba a resultar un hueso fácil de roer—. Lo lamento por ustedes, pero Jessica no va a morir tan fácilmente… Antes han de pasar por mi cadáver… Y esto, tampoco lo van a tener sencillo…

Ante su inesperada presencia, todos habían quedado desconcertados. Pero Peter más que nadie, por lo que su maligna mirada se vio momentáneamente turbada por la indecisión.

—¡William, acaba con él!

Peter había ya reaccionado, así que esta exclamación no se hizo esperar. Surgió llena de irascible violencia.

—¿Qué hago, señora…? —preguntó el criado.

La señora Anderson gimoteó:

—Obedece a mi hijo… Pero no, no le mates… Déjale sin

sentido… Esto basta…

Lo veía muy fácil. Tenía, por lo visto, mucha confianza en aquellos dos garfios de hierro y en la fuerza y en la destreza del interesado para usarlos.

Pero David Lang pronto había de demostrarles que era un adversario difícil.

Tras esquivar dos o tres golpes que, de coger de lleno, hubieran podido ser sumamente comprometedores para su integridad física, consiguió dar a su vez.

Él no falló. Él no fallaba nunca.

Del golpe contundente que recibió en el hígado, William se tambaleó, desplomándose en el suelo, donde quedó quieto, inmóvil. Estaba claro que tenía siesta para rato.

—¿Quién ahora…? —retó David.

Peter miró a su hermano siamés.

—En el cajón de la mesa de escritorio hay una pistola. Cógela y dispara. No te andes con miramientos. Este tipo es peligroso.

Danny fue a obedecer. Seguía arrastrado por aquella fuerza interior, que no era la suya, pero que se imponía a su propio yo.

—¡No! ¡No! —Gritó Jessica—. ¡Eso no…!

El desesperado grito de la muchacha sacó a Danny de aquel estado en que se hallaba sumido. Donde, en realidad, no era dueño de sus verdaderos actos.

—No, claro que no —dijo, habiendo ya reaccionado, volviendo a ser él mismo.

—¡Hazlo! —Exclamó Peter—. ¡Hazlo en seguida!

Danny Anderson había ya reaccionado del todo. Peter no conseguiría arrastrarle de nuevo hacia los tenebrosos abismos de su demencial y pavorosa maldad.

—¡No! ¡Y cállate ya…!

—¡Obedéceme! —Aulló Peter—. ¡Obedécemeee…!

—Quisiste que matara a la jovencita —dijo Danny—. Quisiste que matara a Bárbara… Y a Evelyn… Y también al doctor Gilmore… Y al doctor Duff. Y ahora quieres que mate a Jessica… ¡No! ¡No! ¡Tú serás un monstruo, pero yo no! —Y de pronto, rugiendo como si se hubiera convertido en una fiera, en una auténtica fiera—. ¡A ti es a quien voy a matar! ¡A ti!

Dicho esto, Danny alzó sus manos hacia el cuello de Peter y

empezó a apretar, fuerte, muy fuerte, sin concesiones.

—No, no… —chilló Peter, poniéndose a sudar a borbotones.

—¡Sí! ¡Has de morir de una vez! —exclamó Danny, y siguió apretando furiosamente, desesperadamente.

Pendientes de todo el horror de aquella dantesca escena, nadie se dio cuenta de que en la puerta de la estancia había aparecido el inspector Feel y dos de sus hombres.

Aquel horror tenía petrificados a todos. También a los policías que nunca se habían visto ante un caso tan terrorífico, anormal, siniestro y monstruoso como aquél.

—Suéltame… —Peter apenas podía ya hablar, la lengua le colgaba fuera, más de un palmo.

Y Danny seguía apretando, seguía quitándole la vida. Sin percatarse, quizá, o tal vez sí, de que, al unísono, se la estaba quitando a sí mismo.

Habían nacido juntos y el destino tenía marcado, como ley inexorable, que murieran también al mismo tiempo.

Finalmente, agonizaron juntos, en el suelo, mientras las manos de Danny aún seguían sobre el cuello de su hermano siamés, no cansándose de apretar.

El último aliento de Peter fue, pues, el último estertor de Danny.

Así tenía que ser y así fue.

Capítulo XIV

La señora Anderson estaba explicándolo todo. Por lo menos la parte que a ella le había correspondido en aquella tenebrosa historia.

El inspector Feel escuchaba con atención. También David Lang, que sentía curiosidad por descifrar ciertos pormenores. Otro tanto podría decirse de Jessica.

—Todo empezó, en realidad, el día que vi a Danny hojear unas revistas de cine… ¡Le brillaban tanto los ojos cada vez que veía fotografiada una chica guapa! Pensé que sería maravilloso que yo pudiera ponerle una, de carne y hueso, al alcance de su mirada… Seguro que eso iba a hacerle feliz… ¡Y qué madre no quiere la felicidad de su hijo!

Se detuvo unos instantes antes de proseguir.

—Pero sabía que no iba a ser sencillo y vacilaba… Hasta que cierto día, mirando aquella revista, Danny me enseñó una muchacha fea, que salía fotografiada no recuerdo por qué motivo, y me dijo: «Esta que parece más hecha para mí, me hace sentir un profundo desagrado… Pero cualquiera de estas otras, de las guapas, por el solo hecho de mirarlas, me hacen experimentar una infinita dicha. ¡Oh, sí! Por tener cerca de mí una muchacha bonita daría todo lo que tengo». Y ya no vacilé más. Decidí hacer lo posible, e incluso los imposibles, porque el deseo de Danny se cumpliera…

Una nueva interrupción.

—Sin embargo, ninguna muchacha se resignaba a quedarse aquí. En cuanto conocían a Danny, se horrorizaban hasta lo más profundo de su ser. Fue entonces cuando tuve esa idea… Esa idea que tenía mucho de disparatada, de descabellada, sí, pero que podía ser la solución… El doctor Duff colaboraba conmigo, claro… Sin su ayuda, no hubiera podido llevarla a la práctica…

Una nueva interrupción.

—Mientras tanto, teníamos prisionero al doctor Gilmore, una eminencia en cirugía… Él salvaría finalmente a Danny… Bueno, eso creíamos… Estábamos lejos de imaginar que el cerebro de Peter, anteponiéndose al del propio Danny, había de acabar con la vida de ese prestigioso hombre de ciencia.

Una angustia terrible en su rostro. Un rostro que había envejecido terriblemente en aquellas últimas horas.

—Nuestro conocimiento, Jessica, fue casual. Sólo que luego, al llegar aquí al caserón, me enteré de la pesadilla que habías tenido en el autocar. Me la contó sin malicia, por el mero hecho de contármela, una antigua sirvienta mía, que viene de vez en cuando a saludarme. Es una buena mujer. Estaba en mi casa cuando tuve a mis hijos.

—Se refiere a una mujer con un moño, ¿no es eso? —preguntó David Lang.

—Sí —asintió la señora Anderson. Luego agregó—: Ya con los pormenores de esa extraña pesadilla en mi poder, consideré aún más afortunada mi idea… Una idea que… En suma, se trataba de hacer creer a la nueva muchacha que llegara al caserón, que resultaste ser tú, Jessica; se trataba, repito, de hacerle creer que yo tenía poderes diabólicos…

—Prosiga —dijo el inspector Feel, viendo que al llegar a este punto se detenía un poco más de lo normal.

—Era de suponer, claro está, que tú, Jessica, no te lo ibas a creer de buenas a primeras —prosiguió la señora Anderson—. Estamos en pleno siglo XX y ciertas fantasmagorías han pasado ya de moda. Pero contaba con —y explicó a continuación—: A unas cuarenta millas de Fresllesson, poseemos los Anderson una gran propiedad. Decidí, pues, convertir y decorar convenientemente esos terrenos, para que, bien utilizados, pudieran surtir el efecto apetecido… Por ejemplo, y en principio, edificaría un dormitorio idéntico, de dimensiones y de todo, incluidos los muebles, al que había de ser tu dormitorio, Jessica, aquí en el caserón…

Esta vez no hacía falta que nadie le dijera que prosiguiera. Lo hacía por sí misma, tras una brevísima pausa.

—Así que me enteré de tu pesadilla, me apresuré a ordenar que colocaran las serpientes a la salida del dormitorio, que calentaran las aguas del riachuelo y que las enrojecieran con tinte, y que

también construyeran un dragón de plástico, que desde el interior, un ser humano pudiera merced a algún mecanismo, moverlo a plena comodidad… Me obedecieron en todo y con prontitud… Sé pagar bien cuando algo me interesa…

—Pero de aquí a esa propiedad —repuso David—, usted misma ha dicho que hay más de cuarenta millas… Además, ¿cómo es que Jessica no había de darse cuenta?

—Sin el doctor Duff, mi idea no hubiera tenido razón de ser. Había conseguido una droga, un somnífero más bien, de insólitos y particulares efectos… Te pusimos esa droga, Jessica, en el vino de la mesa, y al dormirte lo hiciste profunda y pesadamente. Ni un bombardeo te hubiera despertado. Aprovechando tal circunstancia, William, obedeciendo órdenes mías, te cogió y te llevó fuera… A esa planicie que forma como una terraza ante el mar… Allí esperaba un helicóptero… Fuiste trasladada en poco rato a tu nuevo dormitorio…

—Pero… pero… —balbuceó Jessica, ahora comprendiéndolo ya todo. Casi todo. Ciertamente ya faltaba muy poco por saber.

—Tenías que despertarte antes de que dieran las tres de la madrugada, así lo exigía la dosis de droga ingerida… De todos modos, sólo estarías despierta unos quince minutos… Después, de nuevo, te hundirías en un profundo y pesadísimo sueño… Como debíamos aprovechar esos quince minutos, hicimos ruido para llamar tu atención… Lo conseguimos y tú te levantaste de la cama y saliste al pasillo… Bueno, creías que era el pasillo del caserón, y te encontraste con aquel bosque… En fin, el resto ya lo sabes, tú misma lo viviste…

Y finalmente concluyó:

—Mi idea hubiera resultado magnífica —la señora Anderson miró a David—, a no ser por usted, joven… Jessica estaba ya convencida de mis poderes diabólicos. Pero lo dicho, joven, su intervención…

* * *

El inspector Feel salió del caserón. David y Jessica iban con él.

—Les llevo en mi coche —ofreció.

—De acuerdo. Gracias —dijo David, que acto seguido añadió lo más desconcertante del mundo. Por lo menos, a juzgar por la

expresión de Jessica y la del propio inspector, dio la sensación de serlo—. Oiga, ¿cuándo va a detener al asesino…?

—¿A qué asesino? —preguntó el policía.

—Han muerto cinco personas, ¿no? Pues resulta inevitable detener a quien las ha matado.

—Danny Anderson… —empezó a decir el inspector Feel.

—No mató a nadie. Se mató a sí mismo o mató a su hermano Peter, como usted lo prefiera. Esto es todo lo que hizo.

—Pero… —El policía no terminaba de entender todo aquello.

—Danny Anderson hizo alusión a que Peter quiso que matara a la jovencita aquélla, y a Bárbara, y a Evelyn… Y también al doctor Gilmore… Y asimismo al doctor Duff… ¡Pero no dijo que lo hubiera hecho! ¡No lo dijo en absoluto…!

—¿Entonces…?

—No fue él. Y ha sido la señora Anderson quien, con unas simples y al parecer insustanciales palabras, acaba de descubrirnos la verdadera identidad del asesino.

—Francamente, no ha llegado a tanto mi suspicacia —reconoció el inspector—. A menos que usted se haya pasado de listo…

—No lo dude, estoy en lo cierto.

—Pero ¿no cree más lógico suponer que fue Danny Anderson, para vengarse de las muchachas que no quisieron permanecer a su lado, quién…?

—No, no lo creo así —le había interrumpido.

—De todas maneras, señor Lang, tendrá que demostrármelo con algo más que con meras aseveraciones.

—Delo por seguro.

—¿Puedo preguntarle cómo va a hacerlo?

—¡Oh, David —exclamó la muchacha, demostrando que empezaba a conocerle—, no vayas a meterte en líos! Déjalo todo tal como está, que, bien mirado, no es cosa tuya y…

—Imposible, Jessica. Siempre que un jeroglífico ha caído en mis manos, lo he descifrado. No he parado hasta conseguirlo. Ha sido siempre como una manía mía.

—Pero este asunto es más serio que un jeroglífico… —apuntó, como queriendo hacerlo reaccionar.

—Precisamente por eso.

—Bueno, pero ¿se puede saber cómo va a hacerlo…? —insistió

el inspector Feel.

—Yendo directamente al encuentro del asesino.

—¿Y espera que éste, si es que en realidad lo es, se lo confiese así, a las buenas? Un poco dudosa su tesis, ¿no cree?

—Le haré perder los nervios —dijo David—. No sin motivo… Puedo encontrar la prueba que le delate, la prueba irrebatible que le condene, y así que se lo diga…

—¿A qué prueba se refiere, señor Lang?

—Va a saberlo en seguida…

Capítulo XV

Los últimos resplandores de un sol triste, apagado, caían sobre el cementerio. Allí cerca se alzaba la casa del sepulturero.

Para llegar hasta aquel lugar, David Lang tuvo que sortear, igual que en su anterior visita, el barro de los alrededores. Como había llovido tanto los días pasados, el suelo seguía estando en muy mal estado.

—¿Y su hija…? —Preguntó David al sepulturero—. ¿No está? Venía a hablar con ella.

El sepulturero claveteaba en aquellos momentos un ataúd. Un ataúd que, en esta ocasión, se hallaba vacío. El hombre lo miraba con suavidad como acariciando la esperanza de que pronto estuviera lleno.

—¿Me busca…? —preguntó Tina, la muchacha tuerta, presentándose de pronto—. Pues aquí me tiene. ¿Qué desea?

—Venía a hablar con usted.

—Eso he oído que decía…

Se miraron fijamente. ¿Desafiándose mutuamente…? Por lo menos dio esa impresión.

—Danny Anderson ha muerto —repuso él, de pronto, queriendo que sus palabras tuvieran toda la fuerza y la contundencia de un verdadero auténtico impacto.

Consiguió lo que se proponía. Tina respingó de pies a cabeza. Lo mismo que si acabara de recibir un latigazo.

—¿No lo sabía?

—No… —La voz salió trémula de su garganta.

—¿No me pregunta de qué ha muerto? ¿No le interesa saberlo? Supongo que sí.

—Sí, claro… Es la sorpresa que me ha dejado…, No me esperaba una noticia así…

—Comprendo perfectamente su estado de ánimo.

—¿Cómo dice…?

—Digo, que la comprendo perfectamente… —Y agregó a quemarropa, como se hacen los disparos cuando no se quiere errar el tiro—. Después de perpetrar tantas muertes, darse cuenta de que no han servido de nada…

Tina enrojeció hasta el cuello, hasta las orejas, hasta la frente, hasta aquel ojo único que ahora se veía cubierto de alarma. Después, casi sin transición, perdió el color y se quedó blanca como el papel.

—No le he entendido…

—Sí me ha entendido —dijo David Lang— y perfectamente; usted no es tonta. Por eso comprendió desde el primer momento que yo no iba a ser enemigo fácil, y me telefoneó, para achicarme.

—Yo a usted no le he telefoneado nunca —dijo Tina—. ¿Qué historias se está inventando?

—No comprendo por qué habla a mi hija en estos términos —intercaló el viejo sepulturero, perplejo ante las acusaciones que llegaban a sus tímpanos—. Mi hija es una buena chica…

—Lo lamento por usted, Tina —dijo David, sin hacer caso de la intervención del sepulturero—, pero es inútil que intente escabullirse. La he desenmascarado.

—¿A mí? —inquirió—. ¿Desenmascararme a mí…?

—En nuestra anterior entrevista, usted me dijo que se marchó del caserón porque tuvo miedo de Danny Anderson. —David Lang exponía los hechos con cortante exactitud—. Me dijo que la señora Anderson quiso pagarle doble para que se quedara, pero que usted no aceptó porque aquello no había quién lo resistiera… Pues bien, resulta inexacto…

Tina quedó con los labios plegados en un rictus violento. De momento sólo eso. Nada más.

—Tengo mis motivos para suponer que la señora Anderson no pudo decirle eso… Su hijo Danny, estoy seguro, no debía querer que usted siguiera allí… Danny Anderson sentía admiración por la belleza, por la hermosura, pero asimismo sentía un profundo desagrado por la fealdad… Y usted no es guapa, Tina, y además le falta un ojo… Sí, Danny Anderson huía instintivamente de la fealdad y de los defectos físicos, sin duda porque así creía huir de su

misma monstruosidad…

Tina tampoco ahora dijo nada.

—En cierta ocasión, contemplando una revista, Danny Anderson se expresó de un modo bien elocuente, sumamente significativo… Lo sé por su propia madre… Y sabido esto… Entonces, si se marchó del caserón fue porque… digamos que porque comprendió que antes o después iban a despedirla. No era usted lo que Danny deseaba.

Tina se limitó a seguir con el mismo rictus en la boca. David Lang volvería a hablar antes de que ella dijera nada.

—Por lo menos —recalcó—, no era lo que Danny buscaba… de momento. Porque si todas las chicas bonitas huían despavoridas de allí, a la larga, de forma inevitable, había de presentársele una buena ocasión a usted, Tina, que pese a todo no deja de ser una mujer… y una mujer joven… Es esto lo que pensó.

Otra nueva pausa.

—Pero, claro, las muchachas que se habían marchado del caserón, podían volver… Tal vez recapacitaran y regresaran… Una posibilidad que había de tenerse en cuenta, sobre todo si llegaba a sus oídos que los Anderson eran fabulosamente ricos… Tal vez, incluso, usted oyera en boca de alguna de ellas algo al respecto… O quizá se lo imaginó, sin haber en realidad nada de todo eso… Como sea, pensó que era mejor impedir que pudieran cambiar de idea… Necesitaba el camino expedito… Y las eliminó, una a una…

—Está loco —dijo el sepulturero—. ¿Verdad que está loco, hija mía? ¡Oh, sí, loco de remate!

Tina no se molestó en contestarle. Seguía con su ojo clavado en David Lang. Ahora ya, a las claras, sin fingimientos, queriendo fulminarle.

—Tampoco le interesaba, de momento al menos —prosiguió David— que el doctor Gilmore interviniera a Danny… Ni que lo hiciera el doctor Duff… De salir bien la intervención quirúrgica, ya no habría allí lugar para usted… En tal caso, hasta la más remota esperanza habría muerto… Así que, prefirió eliminarles… Pero lo que no sé es cómo diablos se las arreglaría para entrar en el caserón…

—De todo lo que ha dicho, le faltan pruebas —dijo Tina—. ¿Es que no se da cuenta?

—Tengo pruebas —afirmó David—. Absolutas y tajantes pruebas. El asesino llevaba un impermeable largo y oscuro, con la capucha alzada, y unos zapatos grandes, de hombre…

—Bien, ¿y qué? ¿Qué viene eso a significar?

* * *

—Viene a significar que esos zapatos eran los del muerto… Del muerto que aquel día su padre iba a enterrar. Del joven que yo vi metido en el ataúd. Un joven muy alto, lo recuerdo perfectamente, que sin duda debía calzar un cuarenta y cuatro como mínimo… Usted le quitó los zapatos y se los colocó a su vez, para así dejar una pista falsa… Una pista que diera al traste con todas las posibles sospechas… ¿Qué, me equivoco? El inspector Feel lo averiguará así que dé la orden de desenterrar el féretro… Si encuentra barro en los zapatos…

Tina se vio descubierta.

—Puesto que ya lo sabe todo —repuso, y su voz empezó a silbar como la de una serpiente pronta a lanzarse sobre su víctima—, puesto que sólo le falta saber, por lo visto, cómo entré en el caserón, se lo diré… No quiero que se vaya al otro mundo sin saberlo… Entré, sencillamente, por una ventana de la planta baja, que William, el criado, tuvo el descuido de dejar abierta más tiempo del debido.

—De todos modos —especificó David Lang—, aún no lo sé todo. Tampoco sé dónde metió los dos cadáveres, el de la jovencita y el de Bárbara. Desaparecieron de la noche a la mañana.

—Hice un agujero y las enterré. Quise, de este modo, que el inspector Feel no tomara en consideración sus aseveraciones. Quise que se marchara. Pero se quedó. ¡Maldito polizonte! ¡Y maldito usted…!

—¿Por qué lo hizo, Tina?

—¡Estaba harta de esta vida! —gritó de pronto—. ¡Harta de esta vida de miseria! ¡Siempre viendo ataúdes, siempre con el cementerio a unos pasos! ¡Quería ser rica, sin importarme los medios…! ¡Quería ser rica, aunque fuera casándome con un monstruo…!

Y Tina, rugiendo, se precipitó hacia adelante. En su diestra había aparecido un cuchillo de afiladísima hoja. Una hoja incisiva,

brillante, que buscó desesperadamente el corazón de David Lang.

El joven consiguió detener aquella mano, sujetándola por la muñeca, cuando ya la punta del acero había rasgado su ropa.

Pero no quedó detenida la lucha.

Tina era como una loba, como una fiera salvaje, o mejor dicho, como una mujer demente, desquiciada, paranoica, dueña de una fuerza realmente iracunda y brutal.

Un hombre fuerte y atlético, posiblemente, no hubiera sacado tantas energías como ella.

Cayeron rodando por el suelo, mientras el padre de Tina, el sepulturero, se iba agachando más y más. Posiblemente, abrumado por un peso que ya no se veía capaz de soportar.

Se presentó el inspector Feel, pero no llegó a tiempo de intervenir. Iba a hacerlo, cuando la lucha terminó de pronto. David Lang había logrado conectar un seco golpe de kárate.

Tina cayó inerte. No volvería en sí en mucho rato.

CAPÍTULO XVI

—Quedamos en que regresaríamos juntos a Londres, ¿verdad, Jessica?

La muchacha miró a David Lang, asintiendo. Luego sonrió del modo más encantador y dijo:

—Gracias por no haberme dejado sola. No sé qué hubiera sido de mí sin ti.

—Valía la pena quedarse —repuso él—. Muchachas bonitas como tú no hay muchas.

—Adulador…

—A propósito, Jessica, si quieres tengo en Londres un empleo para ti. Junto a un hombre casado, eso sí…

—¿Casado?

—Me estoy refiriendo a mí mismo, tranquilízate…

—Pero ¿tú estás casado…? —Jessica se había quedado con la respiración cortada.

—No —dijo David Lang—, pero lo estaré en cuanto me case contigo.

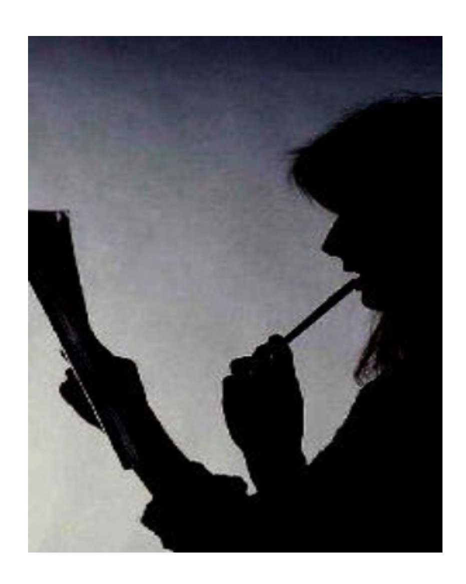
—¡Vaya declaración de amor…! —Protestó Jessica, tras dar un profundo suspiro de alivio—. ¡Qué cosa más poco romántica…!

Pero David Lang ya la estaba besando, y ella no pudo menos de sentirse en el paraíso.

El horror, el espanto, quedaban atrás…

Ya no volvería nunca más.

FIN



Seudónimo bajo el que publicó sus novelas de temática policíaca y de terror Isabel Irigaray Echevarri, en sus novelas «femeninas» utilizaba su nombre y primer apellido.